

¿Por qué lo permite Dios?

ataques terroristas

secuestros

guerras

hambres

incendios

sequías

terremotos

tornados

catástrofes

D. Martyn Lloyd-Jones

¿Por qué lo permite Dios?

¿Qué derecho tenemos a la paz? ¿Por qué deseamos la paz?
¿Tenemos el derecho de esperar que Dios preserve la paz solamente para que hombres y mujeres continúen en una vida de abierto rechazo al señorío de Jesucristo y violación de los claros preceptos de la Palabra de Dios?

¿Por qué permite Dios que destruyan el mundo que Él creó? ¿Por qué tanto odio y tanta maldad por todas partes? ¿Por qué no pone Dios límite al mal, a la violencia y al pecado?

En medio de ataques terroristas, secuestros, asesinatos y guerras, este libro presenta para usted un análisis detallado y bíblico a estos males que estremecen al mundo.

D. MARTYN LLOYD-JONES (1898-1981) nació en Gales donde ejerció como médico, pero luego se dedicó al pastorado. Más tarde, fue pastor asociado junto al renombrado pastor y autor G. Campbell Morgan, de la Capilla Westminster en Londres. Finalmente, fue el pastor de esta famosa congregación londinense.

Escribió numerosos libros, de los que Editorial Portavoz ha publicado *Del temor a la fe* y el que tiene en sus manos.

Vida cristiana



EDITORIAL PORTAVOZ

ISBN 0-8254-1448-2



9 780825 414480

**¿Por qué
lo permite Dios?**

**¿Por qué
lo permite
Dios?**

D. Martyn Lloyd-Jones



EDITORIAL PORTAVOZ

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad –con integridad y excelencia–, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas en su vida espiritual y servicio cristiano.

ex libris eltropical 8-JUN-08

Título del original: *Why Does God Allow War?* por D. Martyn Lloyd-Jones.

Edición en castellano: *¿Por qué lo permite Dios?*, © 1985 por Ediciones Hebrón, Posadas (mnes.), Argentina y publicado con permiso por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan. Reservados todos los derechos.

Las citas bíblicas corresponden a la versión Reina-Valera 1960, © 1960 por las Sociedades Bíblicas en América Latina.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 0-8254-1448-2

1 2 3 4 5 edición / año 05 04 03 02 01

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

CONTENIDO

1. El hombre en la presencia de Dios 7
2. Enfrentando lo inesperado23
3. Los misteriosos caminos de Dios39
4. ¿Por qué permite Dios la guerra?56
5. La respuesta final a todas nuestras preguntas ...74

El Hombre en la Presencia de Dios

*Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar,
levantando manos santas, sin ira ni contienda.
(1 Timoteo 2:8)*

De todas las actividades en que se ocupa el cristiano, y que forman parte vital de su vida, quizás no haya otra que cause tanta perplejidad y de la cual surjan tantos problemas, como aquella que denominamos “la oración”. Esto es realidad en todo tiempo pero adquiere mayor relevancia durante períodos de adversidad o de crisis como, por ejemplo, la de una guerra. Durante la primera guerra mundial fue muy evidente, y por cierto llegó a ser un problema mucho más agudo y acuciante durante la segunda guerra mundial. Fue un problema que preocupó a multitudes y les impulsó a preguntar por qué Dios no escuchó las oraciones que les fueron elevadas por tantos desde que comenzó la crisis en septiembre de 1938, y que podría haber evitado la concreción de aquella guerra tan espantosa. Es por tanto nuestro propósito enfocar nuestra atención junto con la del lector sobre este tema de importancia tan vital.

En momentos de tensión y adversidad los hombres y las mujeres instintivamente comienzan a orar. Están conscientes de que su suerte y el destino de sus seres queridos está en manos de poderes más fuertes que ellos. Sienten que no pueden controlar los eventos y las circunstancias como creen poder hacerlo en tiempos normales, de modo que se vuelven a Dios. La mayoría de las personas piensan en Dios y se acuerdan de las posibilidades de la oración cuando están desesperadamente necesitados, a pesar de que en otros momentos sus mentes rara vez se toman en esa dirección. Necesitan algo y lo necesitan urgentemente, de modo que se dirigen a Dios y le ruegan que les conceda su pedido. Aguardan expectantes la respuesta. Están más ocupados en acción religiosa, de lo que jamás han estado antes. Pueden o no haber sido formalmente religiosos y quizá esperaban poco o nada de la religión. Pero ahora ponen su confianza en ella y esperan grandes cosas. Todo esto, en relación con la oración. Es por ello que durante tiempos de crisis se habla y se escribe mucho sobre este tema. Esta es una razón por la cual debiéramos considerar este asunto, pero hay además otras dos consideraciones prácticas que nos impelen a hacerlo.

No hay aspecto de la vida cristiana, creo a veces, acerca del cual se habla, se piensa y escribe tan livianamente. Esto se debe en gran medida al hecho de que aquellos que lo intentan lo hacen en la forma que hemos indicado. Impulsados por su necesidad echan mano de la oración, sin pensar o estudiar verdaderamente acerca de la naturaleza de la misma. A menudo son alentados a hacerlo siguiendo una enseñanza que parece sugerir que lo único que necesitan hacer es orar y todo se arreglará. Así se crean expectativas, y se nutren esperanzas, pero se ignoran totalmente las condiciones que deben ser cumplidas en la oración. Todo esto in-

eludiblemente crea problemas. La oración no recibe la respuesta que el suplicante desea; y a veces, los eventos pueden resultar totalmente contrarios a su pedido. De inmediato dichas personas caen no sólo en un estado de duda y perplejidad sino a menudo en una condición de crítica abierta de Dios, que finalmente lleva a la pérdida total de la fe.

Esto ocurrió con gran número de personas durante la última guerra mundial. Habían orado por la seguridad de sus hijos o por alguna otra persona conocida. El pedido no fue concedido, según ellos creían, con el resultado que perdieron la fe y, reteniendo en su corazón esta queja contra Dios, dejaron de tener interés alguno en la religión. Es quizá la experiencia más común de la mayoría de los pastores, el tener que tratar con preguntas acerca de la naturaleza de la oración, y los problemas que surgen como resultado de alguna desilusión relacionada con ella. Hay otras preguntas generales que surgen como resultado de una calamidad tal como la guerra que esperamos abordar más adelante. Pero el problema de la oración debe ser considerado primero porque con mucha frecuencia es la pregunta práctica que da origen a otras dudas. El momento de considerar esto y prepararnos es ahora, mientras hay todavía libertad y tiempo para hacerlo. Cuando los sentimientos están heridos y las susceptibilidades traumatizadas, se toma mucho más difícil hacer algo en forma objetiva.

Antes de exponer nuestro texto será bueno considerar algunos de los errores más comunes que existen con respecto a la oración.

ERRORES COMUNES CON RESPECTO A LA ORACIÓN

Una de las causas más comunes de dificultad y desilusión es que con demasiada frecuencia abordamos este tema sólo en relación a las respuestas a la oración.

Se considera a la oración como un mecanismo diseñado para producir ciertos resultados. Necesitamos algo y creemos que todo lo que tenemos que hacer es pedirlo y Dios nos lo concederá. No nos detenemos a pensar cómo debemos acercarnos a Dios y si tenemos el derecho de hacerlo. La idea de adorar a Dios y ofrecerle culto no se toma en cuenta. No consideramos nuestras respectivas posiciones ni nos acordamos de que El es “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Is. 57:15) y que nosotros somos totalmente pecaminosos y que nuestra bondad y justicia son como “trapo de inmundicia” (Is. 64:6) en su presencia. Ni siquiera se nos ocurre escuchar a Dios y esperar en su presencia. Dios no es más que un agente a quien nos tomamos sólo cuando deseamos hacerlo, cuya función principal es concedernos nuestras peticiones. Cuando comparamos nuestras oraciones con las que encontramos registradas en la Biblia, como por ejemplo las pronunciadas por Moisés, Daniel, Isafas y los apóstoles, y especialmente cuando observamos el orden y el lugar dado a las peticiones en sí en la oración modelo enseñada a los discípulos por nuestro Señor, es evidente que tendemos a omitir lo que es más importante, lo primario, y concentramos sólo en peticiones y en la gratificación de nuestros deseos personales, y egoístas. Es por esto que la vida de oración de muchas personas es tan espasmódica e irregular en tiempos normales y se toma urgente y regular sólo en momentos de desesperante necesidad.

Otra tendencia íntimamente relacionada con ésta es *pensar exageradamente sobre lo que Dios debiera hacer*. Ya hemos visto que no nos detenemos a considerar la naturaleza de Dios con respecto a nuestro acceso a El. Del mismo modo no consideramos su naturaleza e infinita sabiduría antes de decidir acerca de lo que Dios debiera hacer. No vacilamos en presumir que lo

que nosotros pensamos que es correcto debe necesariamente estar bien, y que, por tanto, Dios debe concedernos nuestras peticiones precisamente en la forma en que se las presentamos. Lamentablemente, pocas veces nos detenemos a considerar cual sería la voluntad de Dios con respecto a determinado asunto. ¿Con cuánta frecuencia procuramos realmente formarnos una idea de la voluntad de Dios en determinada situación? ¿Cuántas veces procuramos descubrir y conocer la voluntad de Dios por medio de la oración? En lugar de pedirle que El haga su voluntad, en lugar de decirle:

“Tu voluntad, oh, Señor
por difícil que sea”,

sencillamente le pedimos que El haga nuestra voluntad y cumpla nuestros deseos. En lugar de humillarnos ante El pidiéndole que nos revele su voluntad, a menudo casi llegamos a ordenarle a Dios y dictarle lo que debe hacer. Es porque ya hemos decidido en nuestras mentes lo que debe suceder, que estamos tan mortificados y dispuestos a dudar de la bondad de Dios cuando no se cumple. Esto es cierto no sólo de nuestras oraciones personales sino también de las que ofrecemos por nuestra nación, y quizá también por la condición del mundo entero.

Otro problema muy común es *arribar a conclusiones generales y contundentes en base a testimonios de oraciones contestadas que leemos en la Biblia, o en base a otra literatura de la Iglesia*. El problema es que concentramos toda nuestra atención en un solo aspecto del asunto e ignoramos por completo el otro, que enfatiza las condiciones que deben ser cumplidas en todos los casos. Leemos acerca de un hombre como Jorge Müller o algún otro santo cristiano. Observamos que todo lo que tenía que hacer, aparentemente, era presentar su petición a Dios. Oró, hizo ciertas peticiones y éstas fueron con-

testadas. Parecía no haber límite alguno a la disposición de Dios para dar y responder. La oración era ofrecida y la respuesta llegaba. Arribamos a la conclusión, por tanto, que sólo tenemos que orar y hacer conocer nuestra petición a Dios. Y cuando no recibimos la respuesta precisa que deseamos, nos enojamos, nos sentimos heridos y comenzamos a dudar de Dios. El problema se debe precisamente al hecho de que no hemos cumplido las condiciones. No hemos notado la diferencia entre la vida que llevó Müller y nuestras vidas. Se nos ha escapado totalmente el hecho de que él sentía ser llamado por Dios para ejercitar este ministerio particular de oración y fe, y sabía que la misión primordial de su vida era proclamar la gloria y la gracia de Dios de esa forma. No hemos comprendido que las respuestas en sí y el recibir contestaciones precisas eran cosas secundarias para Müller, y que su objetivo primordial siempre fue la gloria de Dios. En verdad, es posible que no percibamos las luchas que tuvo ni la disciplina rígida que se impuso a sí mismo. Lo que es verdad de Müller es verdad de todos los otros que recibieron tan llamativas respuestas a sus oraciones. Deseamos recibir todas las bendiciones que recibieron los santos pero olvidamos que ellos eran santos. Nos preguntamos: ¿Por qué Dios no responde a mi oración como lo hizo con ese hombre? Debiéramos preguntarnos: ¿Por qué no he vivido la clase de vida que ese hombre vivió? Además, como he sugerido, hay tal cosa como un llamado especial a un ministerio de intercesión. Entre las “diversidades de dones” dispensados por el Espíritu Santo, San Pablo menciona el “don de fe”; seguramente es esa fe especial que se manifiesta por medio de la oración. Si sólo comprendiésemos estas cosas, creo que descubriríamos que en muchas de nuestras peticiones hemos sido culpables de presunción.

Un aspecto más al que debemos hacer referencia es

la falta de discriminación entre verdaderas respuestas a la oración y circunstancias que pueden parecer respuestas a oración. Este es un tema difícil y del cual debemos hablar con cuidado. Sin embargo, debemos abordarlo aunque más no sea por la sencilla razón de que la mayoría que se equivoca en este sentido son personas espirituales y religiosas, y deseosas de contar las maravillas de la gracia de Dios a otros. Esto es muy natural. Desean mostrar a otros pruebas reales y vivas de la intervención directa de Dios en asuntos humanos, ansían demostrar muestras inequívocas de su amor. Siempre están a la expectativa buscando ejemplos de esto. ¡Con cuánta facilidad, entonces, no discriminan como debieran! El Nuevo Testamento en su enseñanza nos exhorta y urge a que lo hagamos. Nos insta a examinarlo todo y retener solamente aquello “bueno” (1 Ts. 5:2). Nos dice que hay fuerzas y poderes malignos obrando en este mundo que son tan hábiles, tan poderosas y tan sutiles en sus esfuerzos por imitar las obras de Dios, que aun pueden engañar a los “elegidos” (Mt. 24:24). Las señales y maravillas deben ser examinadas y zarandeadas, no sea que en nuestro celo atribuyamos a Dios lo que en realidad es obra del diablo.

Llevando esto a un terreno más práctico, ¿no existe el peligro, a veces, de confundir entre una mera coincidencia y respuestas a la oración? También hay fenómenos extraños de telepatía, transferencia mental y toda esa gran esfera que sólo estamos comenzando a explorar. Algunos afirman que Dios guía el pensamiento de una persona a la otra. Si lo hace o no, no es eso lo que la Biblia significa por oración contestada. Ni tampoco es lo que siempre ha sido aceptado como la correcta evaluación de este asunto, es decir que Dios actúa y no sólo que El dirige nuestras actividades. Está también toda la gama de fenómenos psíqui-

cos y el problema del espiritismo. Es vano negar ciertos fenómenos bien atestiguados pero es vital que comprendamos la naturaleza de los agentes que producen tales fenómenos, y que podamos discriminar entre la manifestación de espíritus malignos y la obra de gracia del Espíritu Santo. Ni siquiera he mencionado el poder de la sugestión y la importancia de un diagnóstico médico acertado en los casos de curas en respuesta a la oración.

Todo el tema es complicado y difícil y muchos pueden tildar de incrédulos a los que se plantean estas dudas. Sin embargo, a la luz de la enseñanza del Nuevo Testamento son vitales. Exorcistas, judíos y los proveedores del arte de magia negra pueden hacer cosas extraordinarias. Janes y Jambres podían competir con Moisés hasta cierto punto. Nada tiende a desacreditar al evangelio más que las afirmaciones extravagantes, o reclamos que tienen una explicación natural. No vacilo en decir que debemos tener cuidado de atribuir a la directa intervención de Dios solamente lo que no podemos explicar por ninguna otra hipótesis. De no ser así eventualmente llevará a confusión mental que desembocará en desilusión y tristeza.

Estas son, entonces, las fuentes comunes de error y problemas. Las hemos considerado extensamente basados en el principio de que exponer la naturaleza de un problema equivale a más del cincuenta por ciento de su solución. Instrucciones positivas solamente no son suficientes. Habiendo considerado las causas del problema vemos que surge un primer gran principio. Esto es que nada es de tan vital importancia en relación con la oración como un enfoque correcto. Es por errar en esto que erramos en lo demás. Culpamos a Dios y lo cuestionamos. El verdadero problema es que no nos hemos enfrentado a nosotros mismos. Si sólo lo hiciéramos,

no formularíamos la mitad de nuestras preguntas, o por lo menos podríamos responderlas nosotros mismos.

Nuestro texto tiene que ver precisamente con nuestro enfoque. Por eso es tan importante en momentos cruciales que lo estudiemos cuidadosamente y cumplamos sus enseñanzas. Una vez que descubrimos cómo orar, cómo enfocar la oración, se resolverá el problema de qué debemos pedir, y también el difícil problema de las respuestas a la oración. Lo que le digo a Dios en oración está completamente subordinado a la manera en que me acerco a Dios. Lo que soy y lo que he hecho antes de comenzar a hablar con Dios son de mucha más importancia que mis palabras en sí. Debo concentrarme en primera instancia, no sobre mis oraciones o las respuestas que deseo, sino sobre mí mismo y mi derecho de orar o no. ¿Cómo debemos orar? ¿Qué derecho tenemos de orar? San Pablo responde así: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda” (1 Ti. 2:8). Allí están las condiciones que gobiernan la actividad llamada oración que consideraremos brevemente.

CONDICIONES PARA LA ORACIÓN

La primera condición es que debemos levantar “*manos santas*”. No nos referimos ahora a la postura en la oración, ni tampoco al hecho de que los judíos generalmente oraban de pie elevando sus manos a Dios. No nos detendremos en el hecho de que era una costumbre judía lavarse las manos antes de tomar parte en un acto de adoración. Eso era un mero símbolo exterior utilizado para enfatizar el principio que el apóstol desea destacar. Las manos limpias, las “*manos santas*” indican y representan un carácter santo. Eso siempre debe ser lo primordial al acercarnos a Dios. “La santidad sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14). “Muy limpio

eres de ojos para ver el mal” (Hab. 1:13). Nada hay más contrario a toda la enseñanza de la Biblia como la premisa de que cualquiera en cualquier momento, sin reunir condición alguna, puede acercarse a Dios en oración. En verdad, el primer efecto del pecado y el principal resultado de la caída, fue quebrar la comunión que existía entre Dios y el hombre. El hombre, por medio del pecado, perdió el derecho de acercarse a Dios y en verdad, dejado a sí mismo jamás podría acercarse. Pero Dios en su maravillosa gracia abrió el camino para que el hombre se acerque a El. Ese es el significado de toda la enseñanza acerca de las ofrendas y los sacrificios en el Antiguo Testamento, como también del ceremonial del tabernáculo, del templo, y el sacerdocio aarónico. Sin estas cosas el hombre no puede acercarse a Dios. Podemos tener comunión con El sólo de este modo y de acuerdo a lo que El ha dictaminado. No hay otro acceso. Pero más allá de todo lo que encontramos en el Antiguo Testamento, el pleno significado de su venida, y de la vida, muerte, resurrección y ascensión de nuestro bendito Señor es que nos proveen de un “camino nuevo y vivo” (He. 10:20) a la misma presencia de Dios. “Yo soy el camino, la verdad, y la vida, nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). Es evidente, por tanto, que lo primero que tenemos que considerar cuando nos acercamos a Dios en oración es nuestro propio pecado.

La primera pregunta debe ser: “¿Cómo puedo acercarme a Dios? ¿Qué derecho tengo de hacerlo? Para el cristiano la respuesta surge de inmediato y es que por “la sangre de Jesucristo” hay propiciación por nuestro pecado y nos limpia permitiendo que nos acerquemos a Dios. Pero eso no significa que porque hemos creído en Cristo podemos vivir como nos place y encontrar que el camino a Dios está abierto. Transgredimos, so-

mos pecaminosos y por tanto necesitamos arrepentirnos y pedir perdón nuevamente. El arrepentimiento no es mera tristeza por el pecado, ni es sólo remordimiento. Es una tristeza divina que incluye un elemento de odio al pecado y una determinación de abandonarlo y vivir una vida santa. En otras palabras, comprender esta necesidad de limpieza y esta determinación de mantener nuestras “manos santas” son esenciales para acercarnos a Dios y evidentemente tienen prioridad en toda cuestión relacionada con respuestas a nuestra oración.

Esto se enfatiza con frecuencia en la Biblia. ¿Recordamos las palabras del salmista? “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Sal. 66:8). Significa que si abriga pecado en su corazón y rehusa dejar de lado ese pecado en verdad no tiene derecho de esperar que Dios escuche su oración. Si su propio corazón le condena “el que escudriña los corazones” (Ro. 8:27) por cierto lo hará también. Tomemos otra ilustración. ¿Recordamos esas palabras significativas que Dios habló en Jeremías 15:1? Jeremías estaba orando por su pueblo y esto es lo que Dios le dijo: “Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo; échalos de mi presencia, y salgan”. ¿Por qué Moisés y Samuel? Porque eran hombres santos. Es como si Dios dijera a Jeremías: “Si los mejores hombres que jamás han rogado ante mí por este pueblo pidieran, no podría concederles su petición”. Hay un pasaje similar en Ezequiel 14:14 donde leemos: “Si estuviesen en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia librarían únicamente sus propias vidas, dice Jehová el Señor”. Nuevamente la explicación es la misma.

Hay una hermosa ilustración del mismo punto en el relato de la sanidad del ciego en el capítulo 9 del evangelio de Juan. El hombre que había sido sanado era

examinado e interrogado por los fariseos y estaban procurando que dijera que Jesús no podía haberle sanado porque El era “un pecador”. El hombre responde: “Sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye” (Jn. 9:31). Con el mismo énfasis, recalca nuevamente la vital importancia y necesidad de “manos santas” si queremos que nuestras oraciones sean contestadas. Recordamos también la conocida frase de Santiago 5:16: “La oración eficaz del justo puede mucho”. Un espíritu ferviente y un deseo profundo no son suficientes. Es el “justo” que tiene derecho de esperar los resultados que desea. Las promesas de Dios nunca están exentas de condiciones. Dios no nos ha prometido concedernos todas nuestras peticiones incondicionalmente; y la primera condición siempre es ésta de “manos santas”. Es sólo al procurar conformar nuestras vidas a su patrón y decidir vivir de acuerdo con su santa voluntad que verdaderamente tenemos derecho de orar a Dios y de llevar nuestras peticiones ante su trono. ¿Todavía nos sentimos con derecho a hacer preguntas acerca de Dios y de por qué no ha respondido a nuestras oraciones?

La segunda condición es “*sin ira*”. Es sumamente importante comprender el significado exacto de esta palabra “ira”. No significa lo que generalmente se sugiere por su uso. No significa tanto enojo, o la expresión o manifestación de enojo, como una disposición desamorado; no una violenta exacerbación de mal genio sino una condición permanente de mala voluntad y resentimiento. El énfasis aquí no es sobre la forma en que el hombre considera a Dios y se acerca a El, sino en la forma en que se acerca y cómo considera a sus prójimos, sus vecinos. Además de esto, quizá, está todo lo relacionado con el espíritu del hombre; no sólo sus acciones sino también su enfoque y su actitud hacia otros y

hacia la vida. ¡Esto es de vital importancia! Lamentablemente, todos tendemos a fallar en este punto.

A menudo hay un resentimiento en nuestros corazones, aun contra Dios, mientras oramos a El. Pensamos que tenemos un verdadero motivo de rencor y una queja genuina. Sentimos que hemos sido agraviados. Sin embargo, sentimos que dependemos de Dios de modo que le solicitamos favores. Consideramos que El está contra nosotros, que no es justo con nosotros, y sin embargo, estando en esta condición le pedimos que nos bendiga y esperamos que lo haga. Dios dice acerca de los hijos de Israel: “Este pueblo . . . con sus labios me honra pero su corazón está lejos de mí” (Is. 29:13).

Este mismo espíritu también se manifiesta en nuestra actitud hacia nuestro prójimo. Puede ser un sentimiento de amargura, envidia, malicia en nuestro corazón, o negamos a perdonarlos por algún mal, verdadero o imaginario, que nos han hecho. Sin embargo, aunque esta sea la actitud hacia ellos esperamos que Dios nos perdone y nos conceda las respuestas deseadas a nuestras peticiones. En esto también somos condenados por la enseñanza del Nuevo Testamento. Recordemos las palabras de nuestro Señor en el Sermón del Monte: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mt. 5:23). También en la oración del Señor se nos enseña a pedirle a Dios que nos perdone nuestras deudas “como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Además, en el evangelio de Mateo (18:23-35) está registrada la parábola donde nuestro Señor describe al siervo malo que, habiendo recibido él mismo el perdón, rehusó perdonar al siervo que tenía una deuda con él, y resume su enseñanza diciendo:

“Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (v. 35). Es un pensamiento aterrador pero es perfectamente claro y evidente que los que toman una actitud de agravio hacia Dios y hacia todo el mundo, cuando las cosas les son contrarias y parece que sus oraciones no reciben respuesta, en verdad no estaban en condiciones de orar a Dios. Aun rehusan perdonar a Dios (¡qué pensamiento terrible y blasfemo!); y sin embargo, son los primeros en quejarse de oraciones no respondidas. El único espíritu que nos da el derecho de esperar que Dios escuche nuestras oraciones y peticiones es el que se describe tan perfectamente y con detalles tan minuciosos en el capítulo trece de la primera epístola a los Corintios. Si somos esclavos no debemos tener un sentimiento de ira contra los reyes y todos los que están en autoridad; y si tenemos enemigos no debemos odiarlos sino amarlos. La regla es: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mt. 5:44).

La tercera condición se describe como “*sin contienda*”. No se refiere a una contienda con otros sino con uno mismo. Denota un estado de vacilación e inseguridad, o quizá un estado de rebelión intelectual. La duda puede expresarse en muchas diferentes maneras. Pueden ser dudas en cuanto al mismo ser de Dios; dudas, según las palabras del autor de la Epístola a los Hebreos, en cuanto a si “Dios es”. Es notable ver como muchas personas oran sin reunir este primer y fundamental requisito previo de la oración y sus posibilidades. Otros, si bien reúnen esta condición, dudan de la bondad de Dios, y de su disposición y prontitud para escuchar nuestras oraciones. Esperamos ocuparnos más extensamente de este punto en consideraciones posteriores sobre los tra-

tos de Dios con los hombres. Aquí debemos indicar que es evidente y obvio, si nos tomamos el trabajo de pensar por un momento, que tal estado y condición de nuestra parte hacen inútiles nuestras oraciones. También a menudo hay dudas respecto a lo que podemos llamar el poder o la posibilidad de la oración, en cuanto a si algo puede suceder o que alguna vez se de; en una palabra, si orar tiene algún sentido.

Como resultado de estas dudas, ya sea una sola o todas juntas, frecuentemente sucede que la oración no es más que una aventura desesperada o embarcarse en un experimento dudoso. Nos encontramos en una posición difícil o enfrentamos una necesidad extrema. No sabemos qué hacer o a quién recurrir. Entonces recordamos haber oído de alguien que oró a Dios y tuvo una respuesta maravillosa. Decidimos orar, entonces para probar el experimento y ver si también dará resultado para nosotros. No hemos evaluado seriamente el asunto, no nos hemos detenido para considerar todas las condiciones a que hemos hecho referencia; lanzamos algo así como “un clamor en la oscuridad” en la mera esperanza que pueda tener éxito y podamos ser liberados. En ese estado de duda y escepticismo, y en verdad a veces, de incredulidad, los hombres a menudo oran a Dios; y cuando sus oraciones no reciben respuesta y sus deseos no son satisfechos, murmuran y se quejan, deciden que la religión no sirve, y se ofenden con Dios.

A menos que observemos esta tercera condición, la oración es inútil. Debemos acercarnos a Dios creyendo “que le hay, y que es galardonador de los que buscan” (He. 11:6). La oración no es un experimento dudoso que quizá produzca fe; es más bien la expresión y el producto de una fe que no sólo cree en Dios, sino que está dispuesta a confiar totalmente en El y su santa voluntad. Orar a Dios para poder descubrir si la ora-

ción da resultados o no equivale a un insulto. Ese experimento sólo tiene un resultado. Los hombres cuyas oraciones han sido contestadas siempre han sido aquellos que conocían a Dios, los que han confiado en El completamente, quienes han estado más dispuestos a decir en todo tiempo y bajo toda circunstancia: “Hágase tu voluntad”, seguros de sus propósitos santos de amor. No debe haber duda alguna, ninguna disputa, ni experimentos desesperados sino una confianza calma y serena en Dios y su perfecta voluntad.

Estas son, pues, las condiciones. Al considerarlas, no sólo nos sorprendemos de que Dios a veces no responde a nuestra oración como deseamos que El lo haga, sino que conteste aunque solo sea una vez. Decidamos, entonces, poner en práctica estos principios mientras sea posible. La crisis aguda puede venir en cualquier momento y sentiremos la necesidad de orar. Limpiemos nuestras manos, purifiquemos nuestros espíritus y seamos establecidos en nuestra fe. Entonces, en el momento de nuestra mayor crisis, no estaremos haciendo un experimento dudoso sino tomándonos a Aquel de quien decimos con San Pablo: “Yo sé a quien he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Ti. 1:12). La respuesta quizá no siempre sea la que habíamos deseado pero podremos ver en última instancia que era lo mejor para nuestras almas. De todos modos, habremos aprendido a ocuparnos más por la gloria de Dios que por la gratificación de nuestros propios deseos.

2

ENFRENTANDO LO INESPERADO

Y dijo Manoa a su mujer: Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto. Y su mujer le respondió: Si Jehová nos quisiera matar, no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda, ni nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto. (Jueces 13:22, 23)

Estas palabras son el sencillo pero profundo testimonio de cómo el padre y la madre de Sansón reaccionaron ante las mismas circunstancias difíciles y críticas en que repentinamente se encontraron. Pero no son sólo un testimonio sino a la vez constituyen un juicio. El testimonio de lo que estas dos personas hicieron y dijeron nos habla acerca de ellos mismos y los juzga. El verdadero significado de la palabra “crisis” es juicio, de modo que toda crisis por la cual tenemos que atravesar incidentalmente es también un período de prueba para nosotros. Como vemos tan claramente en esta antigua anécdota, la crisis, entre otras cosas, destaca en forma muy definida dos cosas de vital importancia con respecto a nosotros.

En primer lugar, *demuestra exacta y precisamente qué clase de persona somos en la realidad*. Podemos leer todo el capítulo que precede a nuestro texto y no

conocer verdaderamente cómo eran Manoa y su esposa. Hasta que lleguemos a estos versículos es casi imposible evaluar a estas dos personas y decir cual de las dos es más fuerte o de carácter más noble. Pero aquí en estos dos versículos, repentinamente y en un pantallazo llegamos a conocerlos de verdad, y es sumamente fácil formar una opinión y una estimación. La mujer de Manoa se destaca no sólo por contraste con su esposo sino como una de las mujeres más notables de la Biblia.

Esto nos recuerda un principio que es universal. En tiempos normales, cuando la vida se desarrolla en su curso regular, todos logramos desempeñarnos bien. Adoptamos un cierto standard y determinada actitud hacia la vida, y tenemos suficiente tiempo y tranquilidad para cumplir con esas normas. Observamos las reglas y nos conformamos a las distintas normas reconocidas. Profesamos y protestamos con respecto a lo que pensamos y creemos, y en cuanto a lo que proponemos hacer frente a ciertas posibilidades hipotéticas. Damos así a otros cierta impresión de nosotros mismos y de qué clase de personas en realidad somos. No quiero sugerir con esto que toda la vida es un tremendo engaño y fraude pero sí que inconscientemente todos tendemos a actuar en la vida engañando así no sólo a otros sino también a nosotros mismos. Es tan fácil vivir una vida artificial y superficial y persuadimos que en realidad somos lo que quisiéramos ser. El actor en nosotros es fuerte y en estos tiempos, cuando la tiranía de las convenciones y formas sociales ha sido tan fuerte, una de las cosas más difíciles de la vida es poner en práctica el consejo del antiguo filósofo: "Conócete a ti mismo". Ahora bien, si *nosotros* encontramos dificultad en hacer esto, un tiempo de prueba y crisis invariablemente lo logrará por nosotros. Nos llega repentinamente y nos encuentra con la "guardia baja".

No hay tiempo para recordar las convencionalidades y las costumbres, no hay oportunidad de ponernos la máscara, debemos actuar instintivamente. Salta entonces a la vista lo natural, lo real y lo verdadero.

Una crisis nos prueba también en un sentido más profundo, especialmente en cuanto a nuestras profesiones y protestas. La sabiduría del mundo nos recuerda que el verdadero amigo se demuestra en la adversidad. Lo que no hace en momentos de necesidad es lo que realmente proclama lo que él es, y no las promesas y sentimientos generales expresados profusamente durante un período de tranquilidad. En verdad, nuestro Señor nos advirtió repetidamente de este peligro en las siguientes palabras: "No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7:21). Nuestro comportamiento en tiempo de necesidad, dificultad y crisis proclama lo que en realidad somos; y es por esto que tales períodos siempre son de triste desilusión, decepción y extrañas sorpresas. Aquellos que han hablado más fuertemente de repente están en silencio y los que prometían hacer tanto desaparecen silenciosamente.

Lo que es más importante de nuestro punto de vista y para el propósito que nos ocupa, es comprender que los períodos de crisis y de dificultad también prueban y demuestran muy claramente en qué creemos realmente y la naturaleza de nuestra fe. Después de todo, sólo ver la grandeza de la madre de Sansón como mujer, y como carácter fuerte, es no comprender lo que es más significativo de esta historia. Lo más notable es la fe, la percepción, la comprensión, el firme dominio de su creencia, que la transformó y que permitió que avergonzara a su esposo y le reprendiera por su debilidad y temor. La Biblia no tiene mucho interés en la grandeza

natural del carácter, su tema central es grandeza como resultado de la gracia. Las condiciones de prueba en que Manoa y su mujer se encontraron revelan de inmediato la naturaleza y por tanto, el valor preciso de su profesión de fe. Tenemos aquí otro principio universal que se desarrolla y manifiesta en diferentes formas.

Es posible que hayamos sido criados en un ambiente religioso rodeados desde nuestro nacimiento de enseñanza religiosa. Por ser criados de esta manera hemos recibido ciertas enseñanzas y estamos familiarizados con algunas verdades religiosas. Todos los que nos rodean parecen creerlo y con el tiempo nosotros mismos las repetimos y consideramos que verdaderamente las creemos. Jamás pensamos en la necesidad de examinar estas creencias y menos todavía de dudar de ellas. Aceptábamos todo sin pensar muy profundamente acerca de ello. Descontamos que todo estaba bien y que nosotros mismos estábamos en lo correcto. No habíamos procurado comprender verdaderamente estas declaraciones acerca de la religión y entenderlas. No nos habíamos preocupado realmente en absorber sus enseñanzas. Según le oí decir a cierto hombre, tomamos nuestra religión en la misma forma que diariamente nos servimos de pan y manteca en la mesa. Mientras todo anda bien proseguimos con nuestra religión y sus deberes descontando que tenemos lo verdadero y correcto, sin sospechar siquiera que hubiese alguna necesidad o que falta algo. Pero repentinamente nos enfrentamos con una dificultad, un problema y al encarar esto encontramos que nos comportamos y reaccionamos precisamente en la misma manera que los hombres y mujeres que jamás afirmaron ser religiosos. Estábamos igualmente indefensos y desesperanzados. Nuestra religión no parecía hacer diferencia alguna en la crisis.

Nada hay más triste y trágico en la vida y experiencia de un ministro que encontrar a personas de este tipo cuya religión no parece proveerles nada, o ser de algún valor cuando se enfrentan con las mayores necesidades y crisis de la vida tales como enfermedad, la pérdida de seres queridos, tristeza, catástrofe, calamidad o guerra. Parecían ser tan excelentes ejemplos de personas religiosas. Jamás habían sido culpables de afirmaciones herejes o de violaciones groseras de la moral. Parecían ser en tiempos normales el tipo ideal de personas religiosas. Sin embargo, cuando su religión fue puesta a prueba y la necesitaron sobremanera demostró ser inútil y sin sentido. Hemos conocido personas así ¿verdad?

Hay otros que también pertenecen a este grupo, pero no por las mismas razones. Me refiero a aquellos cuyo interés en la religión ha sido mayormente, y quizá exclusivamente, intelectual. No podemos decir de ellos, como de los que acabamos de considerar, que no han pensado pues sí lo han hecho. Su interés en la religión ha sido su principal pasatiempo intelectual. Han leído y razonado, debatido y argumentado. Tienen interés en ella como un enfoque de la vida y se han interesado en sus diversas posiciones y proposiciones. Pero todo el tiempo su interés ha sido puramente objetivo. La religión era tema de conversación y debate, algo que uno podía tomar o dejar. Nunca se había convertido en parte de su misma experiencia. Nunca había llegado a ser parte de ellos y de sus vidas. No había sido parte experimental y vital de su existencia. Parecían conocerlo todo, pero aquí nuevamente, en la crisis todo su conocimiento y su interés resultó ser inútil y sin valor alguno.

Un ejemplo clásico de esto, fue Juan Wesley antes de su conversión. En un sentido él conocía bien acerca de la religión, pero al cruzar el Atlántico en una terrible tormenta que parecía conducirlos a la muerte sintió que

nada tenía. Experimentó el miedo de morir y miedo de todo. Le impactó el contraste presentado por los Hermanos Moravos que viajaban en el mismo barco. En comparación con Wesley eran hombres ignorantes pero su religión significaba algo real y vital para ellos. Los sostuvo en la tormenta, les dio paz y calma, y gozo aun al enfrentar la muerte. La religión de Wesley parecía ser excelente. Daba todos sus bienes a los pobres, predicaba en las cárceles y cruzó el Atlántico para predicar a los paganos en Georgia. Era un hombre de vastos conocimientos religiosos. Sin embargo, la prueba le reveló a él y a otros la naturaleza de su religión que demostró ser inútil. Un período de crisis, entonces, nos prueba a nosotros y a nuestra fe, del mismo modo como probó a Manoa y a su mujer.

La tragedia es que tantos de nosotros nos asemejamos a los primeros mencionados y no a estos últimos. Estamos ansiosos de ser bendecidos y esperamos que la religión nos dé todos los dones y bendiciones que tiene que darnos. Como Manoa podemos ser fervientes en nuestras oraciones y juzgando por las acciones y por nuestra apariencia exterior, podemos aparentar y ser en verdad, personas sumamente devotas. Mientras todo anda bien y nuestras oraciones reciben respuestas y todos nuestros deseos parecen ser gratificados, estamos llenos de alabanza y acción de gracias, así como Manoa cuando fue concedida su petición. Entonces, repentinamente, algo sucede que no comprendemos. Algo toma lugar que es totalmente inesperado. Las nubes vienen, el cielo se oscurece, y todo parece salir mal. La situación es perpleja e incomprensible y todo lo contrario de lo que esperábamos y anticipábamos. Ahora bien, con demasiada frecuencia cuando nos enfrentamos con una situación así nos comportamos como Manoa. Claudicamos y perdemos totalmente la esperanza. Arriba-

mos a conclusiones apresuradas y casi invariablemente a la peor conclusión posible. Más aun, esta “conclusión peor” a la que arribamos con tanta facilidad es frecuentemente una conclusión basada sobre la misma premisa que le llevó a Manoa a su peor conclusión, esto es, que de alguna manera Dios está contra nosotros, y que todo lo que fervorosamente habíamos imaginado ser una expresión de la bondad y la benignidad de Dios no era más que una ilusión.

Digo todo esto basado en las afirmaciones hechas por hombres y mujeres cuando se han enfrentado con tales crisis. Qué dispuestos están a formular preguntas que jamás debieran hacerse, preguntas que implicaban la afirmación que de alguna manera Dios no era justo con ellos, o que Dios no es consecuente con sus promesas. Por cierto que esta desconfianza hacia Dios es el enemigo más persistente de la raza humana; en verdad el enemigo más persistente del cristiano en particular. Me refiero a esta sugerencia que el enemigo de nuestras almas está siempre dispuesto a insinuar en nuestras mentes y corazones de que Dios está contra nosotros, o por lo menos, que Dios no se preocupa de nosotros y nuestro bienestar. Los viejos conceptos paganos, la antiguas ideas supersticiosas se adhieren tenazmente a nosotros y están siempre a la expectativa para presentarse como explicaciones cuando nos enfrentamos con una situación incomprensible que nos tiene perplejos. Si sólo nos quejáramos de la situación, nuestro caso no sería tan serio aunque indicaría un cristianismo muy pobre y débil. Nosotros tendemos a ir más allá. Nos quejamos y murmuramos no sólo de lo que nos está aconteciendo sino de Dios mismo. Hacemos declaraciones que, por más cautela que utilicemos al formularlas, sugieren fuertemente que dudamos de El y de su bondad para con nosotros.

Es casi innecesario señalar todo lo que está involucrado en tal estado. Sin embargo, debemos indicar en qué forma terrible deshonra a Dios. Es la causa central de todos los males; es el pecado de todos los pecados, es el pecado de la incredulidad. No nos compete a nosotros comparar pecado con pecado pero la Biblia muestra muy claramente que una falla en la conducta, o aun una caída moral, no es nada en comparación con el pecado de incredulidad. Este exhibe una actitud que es fundamentalmente hostil y contraria a Dios mientras que lo otro no es más que una manifestación de debilidad y fragilidad humanas. Dudar de Dios y de su bondad es un pecado mucho más atroz que no obedecerle o dejar de cumplir sus mandamientos. No creo que sea necesario explicar más sobre el particular.

Esta condición es también totalmente indefensa cuando nos consideramos a nosotros mismos con respecto a otras personas. Manoa debiera haber ayudado y fortalecido a su mujer. Lo natural hubiera sido que ella se apoyara en él. Afortunadamente ella no dependía de él, pues el colapso de Manoa hubiera llevado a una caída mayor aun en su caso. No siempre son así los hechos. Dentro de la vida cristiana y de la Iglesia siempre hay personas que se apoyan en nosotros y dependen de nosotros. Esto es, a la vez, nuestro privilegio y nuestra responsabilidad. Cuando fallamos, por tanto, otros están involucrados en nuestro fracaso. Y cuando comprendemos que siempre están aquellos fuera del cristianismo que miran a los cristianos especialmente en tiempos de dificultad y tensión, nuestro fracaso es todavía más reprensible.

Aun desde nuestro punto de vista estrictamente personal este comportamiento similar al de Manoa es totalmente malo. Lleva a un estado de desdicha y desesperanza. Significa que estamos tristes y misera-

bles, agitados y alarmados, llenos de temores y sentimientos malos y, además, con todo lo que esos sentimientos involucran. Más importante aun, en ese estado y condición estamos propensos a decir cosas, como lo hizo Manoa, que luego lamentamos y deploramos por el resto de nuestra vida.

Aunque sólo sea por estas razones debemos tener cuidado. Pero todo esto es negativo y ahora procederemos al enfoque positivo. No es necesario actuar como Manoa. Su esposa nos demuestra claramente cómo podemos evitarlo. Dios quiera que aprendamos la lección ahora, de modo que venga lo que viniera en el futuro estaremos dispuestos y preparados, armados y capacitados para anticiparnos al enemigo que ciertamente vendrá con su insinuación de que Dios nos está fallando, o que definitivamente está en contra nuestro.

La enseñanza se divide naturalmente en dos secciones principales:

LO QUE HIZO ESTA MUJER

Primero, debemos considerar lo que hizo esta mujer. La respuesta es sorprendente y asombrosa: ella *sencillamente pensó y razonó*. ¡Qué sencillo! Las razones del fracaso son muchas. Destaco sólo dos que he visto con más frecuencia. La primera es la que podemos llamar en general un espíritu anti-intelectual con respecto a la fe. No siempre se lo reconoce como tal ni se advierte, pero ha habido mucho de esta actitud hacia la religión durante los últimos años. Pensamientos precisos, definiciones y dogmas han sido desvirtuados. Todo el énfasis ha sido colocado sobre la religión como un poder que puede hacer algo por nosotros y nos puede hacer felices. La parte emocional y sentimental de la religión ha sido sobreenfatizada a expensas de lo intelectual. En verdad, podemos decir que al aspecto y al

elemento milagroso de la religión cristiana le ha sido dado un lugar de excesiva preponderancia. Con demasiada frecuencia se lo ha considerado meramente como algo que da una constante serie de liberaciones milagrosas de toda suerte y forma de males.

Los “slogans” de que tanto hemos oído atestiguan esto. Las frases más frecuentemente utilizadas han sido: “Prueba la fe” o “Prueba la oración” y a menudo se ha dado la impresión que sólo tenemos que pedir a Dios todo lo que pudiéramos necesitar y seremos satisfechos. Ese aspecto práctico de la religión ha sido recalcado sin destacar las condiciones y todo el plan de salvación, ni de la revelación de la naturaleza y los propósitos de Dios según los revela la Biblia. La clase de religión más popular ha sido la que se representa como “bastante fácil” y “bastante sencilla”, y que parece hacer todo *por* nosotros sin demandar nada *de* nosotros. Quizá nunca antes la distinción entre la religión cristiana y los varios cultos y agentes psicológicos que procuran ayudar a los hombres ha sido más confusa y oscura que durante los últimos años. Los grandes principios, el poderoso trasfondo, el contenido intelectual y teológico de nuestra fe no han sido enfatizados y en verdad, a menudo han sido desechados como no esenciales. Hemos estado tan ocupados con nosotros mismos, nuestros estados de ánimo, nuestros sentimientos y estado interior que cuando nos enfrentamos con problemas externos que nos afectan profundamente, sin embargo, no sabemos cómo pensar o dónde comenzar.

La otra razón que explica por qué no pensamos, como lo hizo esta mujer, es que en una crisis repentina quedamos aturdidos y dejamos que nos atropellen. Estoy dispuesto a conceder que esto se deba en parte a causas físicas o nerviosas, pero no en su totalidad. En

tales condiciones tendemos a bajar la guardia y dejamos caer. Nos abandonamos y dejamos de luchar y de hacer un esfuerzo positivo. No sólo perdemos el control sino que en cierto sentido deliberadamente nos relajamos y cedemos. No es sólo holgazanería sino la manifestación que los efectos intoxicantes de una calamidad, una catástrofe, o una crisis tienden a imponer sobre nosotros. ¡Qué fácil es gritar o exclamar o ceder a algún otro impulso que por cierto surge en tales ocasiones! ¡Qué fácil soltar las riendas del autocontrol y el dominio de nosotros mismos!

Esta mujer, la madre de Sansón, se destaca como un glorioso ejemplo de todo lo opuesto. Hizo lo que todos nosotros debíamos hacer en circunstancias similares. Viendo y observando el colapso de su esposo, su temor y su lloriqueo, y al escuchar sus presentimientos de mal, sus oscuras profecías y sus dudas de la bondad de Dios, ella no grita ni exclama; no da lugar a la histeria cayendo finalmente en un estado de inconsciencia; no formula preguntas irreverentes ni quejas contra Dios; ella piensa, razona, medita el asunto y con lógica magnífica arriba a la única conclusión que es verdaderamente válida. Puede pareceros extraño y raro que, en medio del desastre y dificultades apremiantes, la religión cristiana en lugar de actuar como una droga o un amuleto que hace todo lo que necesitamos, y repentinamente pone todo en orden, nos pide, más bien nos manda, que pensemos y que empleemos la lógica. Pero esta es la enseñanza no sólo aquí sino en toda la Biblia. Resumiendo, las instrucciones son las siguientes:

1. *No hables hasta que hayas analizado el asunto. Domínate, contrólate, especialmente tus labios. No digas nada hasta que hayas pensado y pensado profundamente. Como lo expresa Santiago sé “tardo para hablar”.*

2. *Haz un esfuerzo positivo y piensa activamente.* No contemples meramente los hechos permitiendo que ciertos pensamientos se repitan en tu mente. Piensa en forma activa. Considera que es tu deber pensar como jamás hayas pensado antes, y como si el mismo carácter de Dios y su justificación delante de los hombres dependiera de ti. El enemigo te ha atacado especialmente en la esfera de tu mente. ¡Resístelo y derrótale!

3. *Parte de la suposición que si bien puede haber otras cosas que son verdad y de que es posible que comprendas muy poco, una cosa es segura y absoluta:* la insinuación del enemigo respecto de Dios es y tiene que ser errónea.

4. Luego, *procura considerar todos los hechos que influyen y no meramente uno, o algunos.* En cierto sentido Manoa era muy lógico. El sabía que cualquiera que veía a Dios debía morir. Su problema era que consideraba ese hecho solamente sin tomar en cuenta los otros factores que estaban a su disposición y por tanto arribó a una conclusión falsa. Partiendo de un solo hecho arribó apresuradamente a su conclusión. ¡Con cuánta frecuencia hemos nosotros también hecho esto! Evita esto procurando considerar otros factores. Coloca el problema en la luz de su contexto más amplio. Allí, entonces, vemos por la acción de la mujer de Manoa lo que nosotros debemos hacer en circunstancias similares. Debemos pensar y razonar.

Afortunadamente la lección prosigue. Pues no sólo se nos dice lo que ella pensó, sino que se nos da el resultado de su razonamiento y lógica.

LO QUE ESTA MUJER DIJO

Podemos considerar entonces, en segundo lugar, lo que *esta mujer dijo*. Sus conclusiones son tan válidas hoy como cuando ellas las expresó. Sencillamente, de-

claró en su manera y en su idioma, y en el contexto de los eventos que ella y su marido enfrentaban, lo que San Pablo dice y argumenta constantemente en sus epístolas. En verdad, tenemos aquí un maravilloso y muy pintoresco resumen y compendio de toda la enseñanza consoladora del Nuevo Testamento. Resumiré lo que ella dijo en forma de una serie de proposiciones.

1. El primer principio es que *Dios no es caprichoso*. “Si Jehová nos quiera matar”, argumenta la mujer, “no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda”. Parecía en el momento que Dios repentinamente iba a revertir todo lo que había estado haciendo. Habiendo disfrutado hasta ahora de la sonrisa de Dios sobre ellos parecía que sin causa o razón visibles ahora él mostraba su desaprobación y estaba a punto de destruirlos. Las circunstancias a menudo parecen darnos esa impresión. De repente todo parece salir mal y estar obrando en la dirección opuesta, y nos llega la insinuación de que Dios no está realmente interesado en nosotros y ni se preocupa por nosotros. Toda su bondad del pasado y sus bendiciones parecen mofarse de nosotros.

Estamos tentados a pensar que Dios es como algunos potentados y tiranos que se deleiten en jugar con sus víctimas, aumentar su terror y su tortura, aparentando al principio ser bondadosos con ellos. No hay nada más humillante que produce tanta tensión como estar a la merced o bajo obligación de una persona que no es confiable, cuyos estados de ánimo cambian constantemente, y cuyos propósitos y acciones también varían. Ni por un momento puede uno sentirse seguro. En cualquier momento algo puede ocurrir que es exactamente lo opuesto de lo que ha acontecido antes. No hay ningún sentido de seguridad o de paz. No hay esperanza cuando uno mira al futuro. De una cosa po-

demos estar absoluta y definitivamente seguros —Dios no es así—. Jamás se comportará de esa manera. Sean cuales fueren las apariencias esa no es la explicación. Por su misma naturaleza y carácter no hay cosa más gloriosa que la eterna constancia de Dios. El es el Eterno, y sus decretos son eternos. Su bondad y su benignidad son para siempre. Sus tratos con los hijos de los hombres surgen de su misma esencia. Sus planes fueron hechos, leemos repetidamente, “antes de la fundación del mundo”. El ama con un “amor eterno”. Es el “Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación”. El no dice una cosa y luego hace lo opuesto. No juega con nosotros ni se burla. En verdad “si Jehová nos quisiera matar, no aceptaría de nuestras manos el holocausto y la ofrenda”.

2. El segundo principio es que *Dios nunca es injusto es sus tratos con nosotros*. La madre de Sansón argumenta correctamente que si Dios los hubiese guiado a ella y a su esposo a hacer ciertas cosas sencillamente para castigar y destruirlos, sería un acto de total injusticia. Ella sabe que eso es inconcebible en lo que a Dios se refiere. No es que comprende exacta y precisamente lo que les está ocurriendo, o cuál es el significado exacto de los eventos que están presenciando. Pero, sea cual fuere su significado, de esto ella está segura: Dios jamás es injusto o malo. Al ver sólo un aspecto, o ángulo o fase de un problema o situación, a menudo no vemos la corrección o justicia de los eventos. Esto se debe totalmente a nuestra visión restringida. Además, nuestras mentes están deformadas y estamos manchados y pervertidos por el pecado. Nuestras ideas respecto de la rectitud no son verdaderas. Nuestro egoísmo empaña nuestra visión y envenena nuestro entendimiento. Ni siquiera sabemos lo que en última instancia es lo mejor para nosotros porque hay tanta oscuridad mez-

clada con nuestra luz. De modo que, en nuestra insensatez, estamos listos a acusar a Dios por ser injusto, o incorrecto. La esposa de Manoa vio la insensatez total, el error y el pecado de todo esto. A su manera proclamó: “Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en El” (1 Jn. 1:5), y formuló la pregunta ya hecha por Abraham: “¿El juez de toda la tierra, no ha de hacer lo que es justo?”

Tengamos cuidado de juzgar a Dios con nuestros débiles sentidos y digamos con esta mujer y el autor del antiguo himno:

Todo cuanto Dios permita
Obra para bien,
Y deseo solamente
Responderle. “Amén”.

3. El tercer principio es que *Dios nunca se contradice a Sí mismo ni a sus propósitos de gracia*. Escuchemos la magnífica lógica de esta mujer. “Si Jehová nos quisiera matar . . . no nos hubiera mostrado todas estas cosas, ni ahora nos habría anunciado esto”. En efecto, se dirigió a su esposo y dijo: ¿Es concebible que el Dios que nos ha dado tan notables muestras de su presencia y su bondad ahora nos va a destruir? Más, ¿es concebible que Aquel que ha interferido en nuestras vidas y que ha venido a decirnos que tiene ciertos planes reservados para nosotros y ciertos propósitos que ha determinado llevar a cabo en y por nosotros, es posible que habiendo iniciado todo esto ahora repentinamente lo termine todo? No presumo comprender pero para mí, es inconcebible que Dios comience un proceso y luego de repente lo revierta o lo destruya.

Tenemos aquí nuevamente en sus palabras lo que San Pablo declara tan frecuente y elocuentemente. Dice: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en

vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6). El argumento es más fuerte aun: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). ¿Nos fallará Dios en lo más pequeño si ya nos ha dado lo más grande de todo? ¿Nos abandonará el amor de Dios, ese amor que fue tan grande como para mandar a su unigénito Hijo a la tortuosa muerte del monte Calvario? Es posible que no comprendamos lo que nos está sucediendo. Puede aun parecer equivocado, pero confiemos en El. Creemos cuando no podemos comprobar. Aferrémonos a su constancia, su justicia, sus eternos propósitos para nosotros en Cristo. Consideremos estas cosas absolutas que son incommovibles, edifiquemos nuestro caso lógicamente sobre ellos, permanezcamos firmes e incommovibles, confiados que en última instancia todo se aclarará y será para bien.

Y habiendo llegado a este estado de ánimo y no antes, *habla* contigo mismo y a otros diciendo:

La obra que su bondad comenzó,
Su brazo potente consumará.
Su promesa es Sí y Amén,
Y jamás fallará.

Cosas futuras, cosas de ahora,
Nada aquí abajo ni arriba,
Pueden su plan desviar,
Ni mi alma de su amor separar.

3

LOS MISTERIOSOS CAMINOS DE DIOS

Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas. (Isaías 45:15)

Este magnífico apóstrofe, esta exclamación de devoción y adoración, brota de los labios del profeta como resultado de la revelación que Dios le hizo de sus planes y propósitos. No registra una queja. Expresa, más bien, su asombro por los maravillosos tratos de Dios. Es imposible saber si el profeta compartía el punto de vista del pueblo en general y era culpable de la misma falta de percepción y fe, pero la respuesta de Dios a los pensamientos y murmuraciones del pueblo le deja pasmado por su magnificencia y grandeza.

El estado de ánimo del pueblo se describe en términos vívidos y notables en los primeros versículos del capítulo. Estaban perplejos y confundidos, es más, estaban llenos de dudas y cuestionamientos. Todo esto, por supuesto, como resultado de la situación en que se encontraban y por los eventos que se estaban desarrollando. Además de esto, estaba el anuncio del camino de liberación que Dios proponía y estaba dispuesto a emplear. Los hechos eran estos: Los hijos de Israel

como nación y como pueblo, estaban experimentando una constante serie de derrotas militares y humillaciones. Sabían que eran el pueblo elegido, el especial pueblo de Dios, y sin embargo, se estaban debilitando más y más y sus enemigos —paganos y extranjeros de la comunidad de Israel— se estaban fortaleciendo constantemente. La tierra de Israel había sido atacada repetidas veces y sus ejércitos derrotados. El enemigo se había apoderado de sus más valiosos tesoros llevando cautivos a gran cantidad del pueblo. Era cuestión de tiempo hasta que Jerusalén misma fuese conquistada y destruida, y el resto del pueblo llevado cautivo a Babilonia. Todo había salido mal y el enemigo aumentaba su poder. Mientras tanto, Dios aparentemente no hacía nada. No había impedido o restringido al arrogante enemigo. Parecía no tener interés alguno en el problema. Ciertamente no intervino para liberar a su pueblo y destruir al enemigo. Estaban atónitos y perplejos y comenzaron a formular preguntas: ¿Por qué Dios actuaba de esta manera? ¿Por qué permitía que el enemigo prosperara y se fortaleciera? Luego surgían preguntas peores todavía: ¿Podía Dios detenerlos? ¿Tenía el poder para hacerlo, tenía “manos” para lograrlo?

Esto se acentuó cuando se hizo el anuncio, por medio del profeta, que finalmente vendría la liberación por medio de Ciro. Esa fue la gota que rebalsó la copa. ¿Liberación por medio de un gentil y no de un israelita, uno de la simiente de David? Era imposible. ¿Qué quería decir Dios? ¿Era justo y correcto? ¿Debía Dios hacer algo así? ¿Cómo podía reconciliarse esto con todo lo que El había dicho y hecho en el pasado y con todas sus promesas y planes? Tal era el estado mental y espiritual del pueblo y tales las preguntas que formularon o más bien, las declaraciones que hicieron.

En este tremendo pasaje Dios responde al pueblo

recordándoles acerca de su naturaleza y poder, su conocimiento y sus propósitos. Los censura y por medio del profeta les da un vistazo del futuro al que propone guiarlos. El profeta ya no se puede contener. Olvidándose del pueblo y dirigiéndose a Dios directamente pronuncia estas palabras de asombro y de alabanza: “Verdaderamente, tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas”.

Sería bueno y muy instructivo considerar este asunto en su propio contexto preciso y demostrar cómo se desarrolló en la historia de los hijos de Israel. Sin embargo, si bien estaremos haciendo eso en un sentido, debemos concentrarnos en lo que se aplica a nosotros, lo que nos habla directamente cuando nos enfrentamos con una situación contemporánea. Casi es innecesario señalar que tenemos aquí la consideración de uno de los problemas que tiene perplejos a muchas mentes en el presente, un problema que ha preocupado a muchos durante unos cuantos años en el pasado. En efecto, el problema es la dificultad de reconciliar el mundo en que vivimos y especialmente lo que está aconteciendo aquí, con nuestra fe en Dios, y especialmente con ciertos fundamentos de esa fe.

Al principio, la perplejidad causada por este problema se expresa como una declaración general, más o menos en estos términos: Durante años ha sido evidente que las fuerzas del mal han estado incrementándose más y más. El materialismo, la impiedad, la falta de fe, el pecado y la maldad, el vicio y la malicia se han acrecentado. Toda la base religiosa en que se ha fundado la vida del cristianismo en el pasado no sólo se ha cuestionado sino también ridiculizado y mofado. En lugar de apoyar a la Iglesia ha sido dejada de lado. No es que ha sido perseguida sino que se la ha ignorado y olvidado, y a través de los años sigue declinando. Cuanto

más arrogante ha sido aparentemente el hombre, más éxito parece haber tenido. Todo parece favorecer a la iniquidad y a la maldad; todo lo que se opone a Dios y a su Iglesia y al punto de vista cristiano, predomina y florece por todas partes. La declinación de la fe, la moral y de todo lo que ennoblece y eleva a la vida, prosigue a un ritmo aterrador. El mundo ha ido de mal en peor, los malos “aumentan su maldad” y parece que todo se está dirigiendo hacia el abismo. Más y más el mundo ha llegado a ser lo opuesto de todo lo que Dios desea que fuese, y ahora que los conflictos de los últimos años nos han llevado a la guerra, todo parece estar perdido¹. Cada vez la situación se toma más desesperante.

Mientras todo esto acontece Dios, aparentemente, permanece en silencio e inactivo². Al parecer no ha hecho nada y no ha intervenido para detener este proceso. No parece estar en evidencia, ni siquiera existir. La única actividad que parece haber en el mundo es maligna. Aparentemente, Dios ha estado ausente y totalmente desvinculado del curso de los eventos. No ha hecho nada y el enemigo ha prevalecido. Tal es la afirmación; y esto lleva inevitablemente a la pregunta que con tanta frecuencia se hace: ¿Por qué permite Dios que tales cosas ocurran? ¿Por qué no interviene? ¿Por qué no detiene a la maldad y a los malhechores? ¿Por qué no aviva su obra y rescata a la Iglesia de su impotencia y su vergüenza? ¿Por qué no escucha las oraciones de su pueblo, y destruye a los malhechores con todo lo que hacen y

1. Es una referencia a la Segunda Guerra Mundial (nota del traductor).

2. Para un estudio sobre el “silencio de Dios” en medio de todo el sufrimiento de este mundo, véase *El Silencio de Dios*, por Sir Robert Anderson (Editorial Portavoz).

restaura al mundo a un modo de vida correcto y verdadero? ¿Cómo puede, por así decirlo, ponerse a un lado y no hacer nada, permitiendo que todo lo que tiene valor y es noble sea destruido y desecrado? Tales son las formas que toma la pregunta general de por qué Dios se comporta de esta manera, y aparentemente permite que todo lo que El odia se desarrolle y crezca.

El cuestionamiento jamás se detiene en este punto. Habiendo llegado aquí parece ser impulsado inevitablemente a formular una serie de preguntas más serias y siniestras. Consideraremos ahora estas preguntas. Las analizaremos individual y separadamente, recordando al hacerlo que no será un análisis académico y psicológico de un pueblo que vivió hace casi 3.000 años sino un estudio de nosotros mismos y de errores en los que nosotros tendemos a caer al igual que los hijos de Israel.

¿ES INDIFERENTE DIOS?

La primer pregunta puede expresarse en los siguientes terminos: ¿Es indiferente Dios? ¿Es verdad que a El no le importa lo que nos está ocurriendo a nosotros y en el mundo? Esa es, por cierto la pregunta implícita en el pasaje que estamos considerando ahora. Los hijos de Israel sentían que Dios los estaba abandonando y que ya nos les cuidaba ni se preocupaba por ellos como lo había hecho antes. Sentían que se había tomado indiferente y despreocupado, que los había abandonado definitivamente permitiendo que los eventos siguieran su propio curso. Esa parecía ser la explicación más obvia y evidente de lo que les estaba ocurriendo y del extraño silencio e inactividad de Dios. ¡Cuántas veces los hombres han llegado a esa conclusión! ¡Cuántos tienden a hacerlo en el presente! No es que han adoptado el punto de vista propugnado por los antiguos deis-

tas. Ellos enseñaban que Dios, habiendo creado el mundo, luego dejó de estar activamente preocupado por él. Dios, decían, había hecho al mundo como un relojero fabrica un reloj y habiéndole dado cuerda, ahora permitía que siguiera andando solo en su propio camino. Dios había terminado con él en el sentido de una activa preocupación y participación.

No creo que haya muchos que sostengan este punto de vista en la actualidad. Se sostiene, más bien, que Dios ha dejado de estar activamente interesado por alguna razón. Saben que estuvo interesado en el pasado por medio de sus obras, de la misma manera que los israelitas lo sabían. Su silencio e inactividad, por tanto, argumentan, debe señalar una indiferencia, como si Dios se hubiera impacientado con el mundo y lo hubiese abandonado a su suerte, que le hubiera dado sus espaldas. Los fieles oran, se esfuerzan, trabajan, y sin embargo, parece no haber respuesta de parte de Dios. ¿Qué fácil es argumentar en base a esto y acusar a Dios de ser indiferente! ¿No se trasunta en la mayoría de las preguntas que se formulan respecto de por qué Dios permite que ciertas cosas ocurran? A menudo, la insinuación está más en el tono de voz que en la pregunta en sí. El sentir es que si Dios fuese realmente un Dios de amor, no permitiría que los justos sufran como ocurre a veces, y que los injustos prosperen y tengan éxito, no permitiría las calamidades, las guerras y todas las otras aflicciones y tribulaciones que nos prueban. ¿Por qué los permite Dios?, preguntan. Aún más, ¿cómo puede permitirlo? A pesar de los sufrimientos y las oraciones del pueblo parece no querer actuar. En las palabras del salmista: “¿Desechará el Señor para siempre y no volverá más a sermos propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia? ¿Se ha acabado perpetuamente su promesa? ¿Ha olvidado Dios el tener mi-

sericordia? ¿Ha encerrado con ira sus piedades?” (Sal. 77:7-9). La acusación en la primera pregunta es que Dios es indiferente.

Se insinúa entonces otra pregunta que en parte es una posible respuesta a la primera: *¿Es impotente Dios? ¿Puede hacer cualquier cosa?* Esa es la pregunta mencionada en la última frase del verso 9. Habiendo preguntado: “¿Dirá el barro al que lo labra: ¿Qué haces?”, inquiriere luego: “¿O tu obra: No tiene manos?” (Is. 45:9), que Moffat traduce así: “¿Lo que El crea le dice que es impotente?” Como si el barro pudiese decirle al alfarero que no tiene habilidad o poder para moldear y formar una vasija. Así los hombres cuestionan y dudan del poder y la capacidad de Dios para controlar los eventos en el mundo y de escuchar sus oraciones. Consideran que esta conclusión es inevitable. No dudan de que si Dios *podiera* detener la maldad y parar la ola de iniquidad lo *haría*. Su amor, argumentan, insistiría en ello, es inconcebible que no lo haga. Por tanto, puede haber sólo una conclusión. Debe ser que Dios no tiene poder, que la fuerza del mal es mayor que el poder de Dios. Debe ser que el mundo se le ha “escapado de las manos” y está fuera del alcance de Dios para controlarlo y salvarlo. Las tinieblas y la maldad son mayores que el poder de Dios. Esa es la segunda pregunta.

¿ES INCONSECUENTE DIOS?

Pero hay una tercera que surge de lo que Dios propone hacer y anuncia como su acción futura. Al utilizar a Ciro como un libertador, ¿no significa que Dios es inconsecuente? ¿Cómo concuerda esto con todo el pasado? ¿Un gentil que libere a Israel? ¿Uno que no era de la simiente de David sería el salvador del pueblo? ¿Un extranjero? Es inconcebible. ¿Sería amontonar insulto sobre injurias! Sería injusto de parte de Dios. No

debe hacerlo porque estaría totalmente en desacuerdo con todo lo que El ha dicho y prometido, y con todo lo que El ha hecho en el pasado. Sentían que utilizar al gentil Ciro era algo que jamás podían reconciliar con la santidad de Dios. Les parecía lo mismo que esperar que surja algo bueno de la maldad, de que alguno fuera de la comunidad de Israel fuese usado por Dios para cumplir sus propósitos. No podían ver explicación alguna. Les parecía total y absolutamente erróneo. ¿No hemos tenido algo de ese sentimiento y estado de ánimo? ¿Cómo puede esto que nos está ocurriendo, hemos preguntado, ser de algún modo para nuestro bien y la gloria de Dios? ¿Cómo puede justificarse Dios por haber permitido que suframos? ¿Cómo pueden formar parte del plan o esquema de Dios las pruebas y las tribulaciones? ¿Puede aquello que es evidentemente malo e inicuo caer de alguna manera o por algún medio, dentro del ámbito del amor de Dios y su propósito soberano respecto a nosotros y a toda la humanidad?

Estas preguntas que hemos considerado, son las que todavía se están formulando los hombres. ¿Las has formulado? ¿Qué diremos acerca de ellas? ¿Cuál es la respuesta?

Consideremos la tremenda respuesta en esta frase de Isaías.

LA ARROGANCIA DEMOSTRADA EN ESTA ACTITUD HACIA DIOS

Esto es lo que se enfatiza al comparar al hombre en su relación con Dios a tiestos, a barro y a un recién nacido. Es algo casi increíble, si se lo mira objetivamente; sin embargo, ¡con cuánta frecuencia es esta la actitud que asumimos ante Dios! No vacilamos en presumir y dar por sentado que somos capaces de comprender todo lo que Dios hace. Tenemos tal confianza

en nosotros mismos, en nuestras propias mentes, comprensión y opiniones, que cuestionamos y dudamos de las acciones de Dios exactamente en la misma forma que cuestionamos las de los hombres. Sentimos y creemos que sabemos lo que es correcto y lo que es mejor. Nuestra confianza en nosotros mismos es sin fin, no tiene límites y rehusamos creer que haya algo que esté fuera del alcance de nuestras mentes e intelectos. Este es, por cierto, el significado impertinente de todas nuestras preguntas, y en todas nuestras expresiones de duda. Dios debe conformarse a nuestras ideas y ha de hacer lo que nosotros creemos que debe hacer. Pero no queda allí la arrogancia. Como hemos visto, no vacila en condenar las acciones de Dios y decir que están totalmente erradas e indefensas. En otras palabras, nosotros, nuestras ideas, son la norma y los jueces. Nosotros somos la suprema corte de apelación; y nuestras ideas en cuanto a lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, constituyen la última palabra. No vacilamos en expresar nuestras opiniones acerca de Dios y de juzgar sus acciones. De esto los hijos de Israel eran constantemente culpables. Al leer acerca de ellos en el Antiguo Testamento a veces nos maravillamos y asombramos de ellos. Sin embargo, nos cuesta comprender que nosotros también somos culpables precisamente de lo mismo. Quizá no lo expresemos en forma tan franca y descortés, sino con cuidado y delicadeza lo decimos más bien en forma de pregunta que como afirmación directa. Pero todo esto no hace al caso.

En un asunto como este, pensar por un momento de esta forma es tan condenable como afirmarlo. No quiero decir que no debemos pensar y razonar acerca de la religión, o que yo sostenga que el cristianismo es irracional. Debemos pensar, razonar y comprender la verdad. Esto no significa que nuestras mentes están a la

par de la mente de Dios o de que podemos reclamar igualdad y demandar una comprensión total de todo. Menos todavía significa que moral y espiritualmente estamos en una posición como para cuestionar y dudar de los motivos de Dios y emitir juicio sobre su carácter expresado en sus acciones. Sin embargo, esto es precisamente lo que hacen los hombres.

Al no comprender las acciones, proceden a atacar y a cuestionar el mismo carácter de Dios. Nuestro orgullo de intelecto y de comprensión nos lleva en realidad a considerarnos como dioses. Por eso elegí el término "arrogancia" para describir esta actitud. ¡Oh, qué tremenda impertinencia e insolencia! Hay sólo una explicación: es una falta total de comprensión acerca de quién y qué es Dios junto con una apreciación totalmente errónea de la verdad acerca de nosotros mismos. Si solo comprendiésemos de quién estamos dudando. ¡Si tuviéramos apenas un somero concepto del poder, la grandeza y la santidad de Dios! Si pudiéramos comprender cabalmente que no somos nada, que somos absolutamente insignificantes e indefensos. Procuremos considerarlo y verlo a la luz de este pasaje.

La relación entre Dios y nosotros es la del Creador y la criatura. El nos creó y nos hizo existir. Somos obra de sus manos, en verdad somos para Dios lo que el barro es para el labrador. ¿Lo dudas? Permite que te haga algunas preguntas. ¿Qué control tienes en verdad, sobre tu vida? No tuviste control sobre el comienzo y no podrás controlar el fin. No tenemos idea de cuánto tiempo estaremos aquí. Nuestras vidas están totalmente en las manos de Dios. No podemos controlar la salud o la enfermedad, accidentes o males. No sabemos lo que traerá un día. ¿Quién podría haber predicho el estado actual de cosas? Los hombres no han podido prevenirlo. Somos criaturas del tiempo y totalmente sujetos a

fuerzas sobre las cuales no tenemos control alguno. Somos totalmente indefensos. Según lo expresó nuestro Señor no podemos añadir ni "un codo" a nuestra estatura. Sin embargo, nos atrevemos a procurar medir a Dios. ¡Qué monstruosidad! ¡Qué locura! Significa que toda nuestra actitud es falsa y errónea. Así quedará hasta que comprendamos que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos y que sus caminos no son nuestros (Is. 55:8), hasta que aceptemos además su afirmación que "como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que tus caminos y mis pensamientos que los vuestros".

Evidentemente, hay cosas que no podemos comprender ni sondear. Esta es la gloria del camino de salvación de Dios; es por esto que ofrece esperanza para todos. ¿No lo puedes comprender? ¿Estás tentado a cuestionar, a argumentar y preguntar? Tu respuesta está en las palabras de San Pablo: "¿Quién eres tú, para que alterques con Dios? Dirá el vaso al que lo formo: ¿Por qué me has hecho así?" (Ro. 9:20). "Pero ese no es un argumento justo", quizá digas. "Es más bien una prohibición y el ejercicio de una autoridad injusta." A lo cual debo responder que jamás debimos argumentar con Dios y que nunca debimos haber partido de la presunción de que iba a ser una discusión entre dos personas iguales. Dios está en el cielo y nosotros sobre la tierra. Dios es santo y nosotros pecadores. Dios sabe todas las cosas y ve el fin desde el principio. Nosotros somos ignorantes y ciegos como resultado del pecado y miserables esclavos del tiempo. En última instancia esa es la única teodicea necesaria. Al hombre que no cree en Dios le es imposible creer o comprender las acciones de Dios. Cuánto más creemos verdaderamente en Dios y cuanto más comprendemos de su naturaleza y carácter

santos, tanto más comprenderemos sus caminos. Aun cuando no podamos comprender estaremos cada vez más dispuestos a decir con nuestro Señor: “Mas tu voluntad sea hecha y no la mía”. En un sentido cualquier intento de justificar a Dios y a sus acciones me parece casi pecaminoso y estoy tentado a decir que cualquiera que formula preguntas y críticas en realidad no está procurando comprender a Dios sino a sí mismo y a la vida que lleva. Habiendo dicho esto, quisiera instar a que consideremos la naturaleza fugaz de nuestra existencia aquí en la tierra y nuestra completa dependencia de Dios que no sólo es nuestro Hacedor, sino que también será nuestro Juez. Dios no necesita defensa pues está en el Trono. El es el Juez de toda la tierra. Su reino no tiene fin. ¡Deja de cuestionar y argumentar! ¡Arrodíllate delante de El! ¡Adórale a El! Corrige tu actitud y comenzarás a comprender sus acciones. ¡Qué tremenda la arrogancia del pecado!

LA IGNORANCIA DEMOSTRADA EN ESTA ACTITUD HACIA DIOS

Tal es el asombroso amor de Dios que no lo deja allí. A pesar de la enormidad de nuestro pecado El condesciende a razonar con nosotros, se digna explicarse a Sí mismo. Sólo el eterno amor pudo tener tal paciencia con criaturas perversas y obstinadas como nosotros. Tenemos aquí un ejemplo típico de tal razonamiento. Se expresa en una *exposición de la ignorancia demostrada en esta actitud hacia Dios*.

Ya hemos visto que se debe a una falla fundamental de no comprender la naturaleza de Dios y de nuestra verdadera relación con El. Pero hay otras maneras en que nuestra ignorancia tiende a desviarnos. Podemos ilustrarlas demostrando cómo este pasaje responde

a las preguntas que han sido formuladas, y da conocimiento que resuelve varios problemas que tienden a confundir las mentes de los hombres.

1. Los hijos de Israel cuestionaban el poder de Dios y dudaban de que pudiera hacer algo para salvarlos a ellos o de la situación, del mismo modo como *los hombres en la actualidad tienden a dudar del poder de Dios*. ¡Qué ignorancia total! Escuchemos: “Yo hice la tierra, y creé sobre ella al hombre. Yo, mis manos, extendieron los cielos, y a todo su ejército mandé” (Is. 45:12). Esa es la medida de su poder. El Dios a quien adoramos, el Dios que es Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es también el Creador. Por una mera palabra lo hizo todo. El habló y se llevó a cabo. Leamos acerca de sus acciones en el Antiguo Testamento, de sus maravillosos hechos. Su nombre “El” significa el Poderoso o el Fuerte. ¿Dudas de su poder para controlar a los hombres? Isaías ya te ha dado la respuesta. “He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo” (Is. 40:15). “Como nada son todas las naciones delante de él y en su comparación será estimadas en menos que nada, y que lo que no es” (Is. 40:17). Estas no son meras palabras, ni el resultado del vuelo de una imaginación poética. Si queremos comprobar que son verdad leamos los libros de historia secular que confirman la historia y las enseñanzas del Antiguo Testamento. Cuando Isaías dijo estas palabras la situación de Israel parecía desesperante. Habían sido conquistados y serían llevados en cautividad por el poder más grande que el mundo haya conocido. Parecía imposible que regresaran algún día. Sin embargo, volvieron. No fue por su propia acción, porque nada podían hacer; fue sencillamente una manifestación del tremendo poder de Dios.

Quizá preguntes: ¿El mal como principio no es más poderoso? La respuesta es esta: “Yo formo la luz y creo las tinieblas . . . hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto” (Is. 45:7). Crear adversidad no significa crear el pecado. Significa que El hizo que la tristeza, la miseria y la desgracia sean consecuencia y resultado del pecado. Más aún, la Biblia enseña que el pecado y Satanás no escapan ni están fuera del control de Dios. El les permite actuar, pero les pone límites y finalmente los destruirá. “¿Por qué les permite ahora?”, preguntas. La respuesta es: “Mas antes, oh hombre, ¿quien eres tú, para que alterques con Dios? Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?” (Ro. 9:20). No tenemos una respuesta terminante pero esto sabemos, que cuando la muerte, el infierno, y la maldad ejercieron su máximo y total poder contra nuestro Señor y Salvador Jesucristo, fueron completamente vencidos y derrotados por la manifestación más poderosa de poder que el mundo jamás haya conocido, cuando El se levantó triunfante de los muertos. “Para Dios todo es posible”. El es Todopoderoso; su poder no tiene límite.

2. *¿Qué de su amor, su preocupación por nosotros?* Cuanto más enfatizamos su poder más agudamente surge esta segunda pregunta: ¿Nos ama? ¿Tiene interés en nosotros? ¿Por qué no hace algo, entonces? Tales eran las preguntas formuladas por Israel; los hombres y las mujeres en la actualidad preguntan lo mismo. Dios responde a las preguntas revelando al profeta lo que estaba haciendo y lo que se proponía hacer. Corrigió la terrible ignorancia que existía respecto de su amor y su interés por el pueblo. Demostró que estaba trabajando silenciosa y discretamente todo el tiempo. “Yo lo [Ciro] desperté en justicia, y enderezaré todos sus caminos; él edificará mi ciudad, y soltaré mis cautivos, no por precio ni por dones, dice

Jehová de los ejércitos” (Is. 45:13). Pensaban que El no hacía nada. Todo el tiempo estaba trabajando y llevando a cabo sus propósitos. ¿Se había olvidado de Israel? ¿No tenía interés en ellos? Tenía preparado para ellos un grande y glorioso futuro y para ese fin estaba haciendo provisión para ellos. A pesar de su desobediencia y pecado, a pesar de todo lo que era verdad acerca de Dios y su actitud hacia El, todavía amaba a Israel y planeaba su salvación. Isaías ya no puede controlarse y exclama: “Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas” (Is. 45:15). El vio que Dios todavía era el Dios de Israel y así como lo había salvado de Egipto y del Mar Rojo, del desierto y de sus enemigos, los salvaría de todas sus calamidades. Si has creído en El por medio de Jesucristo, si te has arrepentido y aceptado su gran salvación te aseguro que no importa cuán tenebroso y difícil sea lo que te está ocurriendo y cuán imposible de comprender, El sigue siendo tu Dios, que te ama todavía y cuida de ti, y todavía tiene vigencia la promesa: “No te dejaré, ni te desampararé” (Jos. 1:5). Sí, así lo expresó perfectamente Pedro a los que sufrían tribulaciones que no llegaban a comprender: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 P. 5:6, 7). Nunca dudes de que El te cuida.

3. *Quizá nuestra ignorancia sea mayor con respecto a los caminos de Dios.* Este es uno de los grandes temas de Isaías como ya hemos visto en algunas de nuestras citas y se destaca tan notablemente en nuestro texto. Sus caminos no son nuestros caminos. Al no poder entender tendemos a dudar y a cuestionar. ¡Qué insensatez! “Dios obra por senderos misteriosos las maravillas que el mortal contempla”. Pareciera que hace exactamente lo opuesto de lo que nosotros esperamos.

Usó a Ciro, un gentil, para salvar a su pueblo escogido. A veces no parece hacer nada. Pasan años y largos períodos cuando Dios parece estar inactivo y en nuestra impaciencia clamamos: “¿Por cuánto tiempo?” Dios parece haber perdido el control y todo aparentemente sale mal. Qué insensatez pensar de ese modo. Parecía haberse olvidado de su pueblo en Egipto, pero a su tiempo y en su manera, eventualmente los hizo salir. Permitió que estuvieran setenta años en Babilonia pero había planificado su retorno a Jerusalén antes de que fueran tomados cautivos. Durante cuatrocientos años la voz del profeta se había callado. No hubo palabra después de Malaquías. Pero “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá. 4:4, 5). Sigue actuando de esa manera a través de los siglos. Con Dios “mil años . . . son como el día de ayer”. A su tiempo y a su manera El actúa, El obra. Todas las cosas han sido planificadas “desde antes de la fundación del mundo. El proyecto es perfecto; el plan es completo. Nada fallará. Leamos la historia del pasado y veamos como confirma las profecías. Luego, leamos los profetas con respecto al futuro. Después de hacer esto nos reiremos de nuestros temores y sobresaltos, nuestras predicciones de mal y nuestras dudas, y exclamaremos con Isaías: “Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas” (Is. 45:15).

¿Qué otra cosa podemos decir? ¿Hay algún otro comentario que es adecuado para la situación? Sólo uno y es más grande aún, esa tremenda exclamación de San Pablo al contemplar el plan futuro de Dios para Israel y el mundo: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables

son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A El sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:33-36). Digamos también nosotros: ¡Amén y Amén!

¿POR QUÉ PERMITE DIOS LA GUERRA?

¿De donde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? (Santiago 4:1)

Es interesante y a la vez extraño notar que en lo que puede denominarse la actitud religiosa hacia la guerra, o la actitud de personas religiosas hacia la guerra, invariablemente se manifiestan dos tendencias. La primera es la de discutir el problema de la guerra totalmente aparte de Dios, o por lo menos de una manera en que se relaciona con Dios sólo indiscretamente. Considerando a la guerra sola y exclusivamente desde el ángulo humano, los que asumen esta actitud están muy interesados y preocupados con los distintos problemas de la conducta humana que surgen de la misma. Están muy interesados en cuál debe ser la actitud del cristiano, esto es, en cuanto a cómo debe afectar la guerra al hombre. Procuran descubrir las causas de la guerra en general y de cualquier guerra en particular que se esté desarrollando. Se sumergen en teorías políticas, económicas, psicológicas y filosóficas que pretenden tener la clave del misterio y procuran aplicar este conocimiento a toda instancia concreta.

Habiendo hecho esto y creyendo apasionadamente que es la responsabilidad de la religión producir una paz justa y duradera, proceden a discutir las distintas medidas que deben adoptarse para poder lograrlo. En este grupo se encuentran aquellos que se auto denominan pacifistas, además de muchos que definitivamente no lo son. El interés primario y casi total es hasta qué punto afecta la guerra al hombre, y especialmente a aquellos que se denominan cristianos. ¿Debieran tomar parte o no? ¿Qué clase de propuestas de paz deben propiciar? etc., etc. Tales son los puntos que predominan en sus mentes, y aunque enfatizan y recalquen el aspecto espiritual o cristiano, según su punto de vista, al máximo, sin embargo, cabe señalar que prácticamente no consideran la relación directa de Dios a la guerra. Pueden afirmar que han tomado eso como un postulado fundamental y han descontado que toda idea de guerra es abominación para Dios, que evidentemente no tiene que ver directamente con Dios porque es el resultado del pecado y la insensatez del hombre. El hecho de que dicen todo esto no contradice lo que nosotros hemos afirmado sino que tiende a confirmarlo. La actitud de Dios hacia la guerra se descuenta y, por lo tanto, no se discute; se considera a la guerra como un problema que está total y exclusivamente en el plano humano: es sólo un problema humano.

La segunda tendencia es exactamente opuesta. Aquí, lo de sumo interés es la directa relación de Dios con la guerra. En forma subsidiaria, los que pertenecen a este grupo pueden interesarse en algunas de las preguntas a que hemos hecho referencia. Su problema principal, su dificultad real, no es: “¿Cómo afecta la guerra al hombre?” sino más bien: “¿Cómo podemos encuadrar a la guerra en el gobierno de Dios sobre este mundo?” En una palabra, lo que más confunde a estas personas no es

la explicación del origen de la guerra o de su inmediato deber con respecto a ella. Lo que desean saber es: “¿Por qué permite Dios la guerra?” Esa es para ellos la pregunta primordial, porque de esa respuesta depende toda su creencia en Dios. Evidentemente, si se duda de esto, toda otra pregunta se toma irrelevante e innecesaria.

Nos ocuparemos ahora de esta segunda actitud. Hemos estado considerando varios problemas referentes a la dificultad generalizada en comprender los caminos de Dios. En todas esas instancias hemos tratado específicamente el problema subjetivo de los tratos de Dios directamente con nosotros. Aquí llegamos a un problema más objetivo. Puede ser que detrás yace la pregunta subjetiva de por qué Dios permite la guerra en vista de lo que significa para nosotros; pero en la superficie la pregunta es estrictamente objetiva y plantea cómo podemos reconciliar nuestra creencia en Dios con el hecho de que Dios permite la guerra. Esa fue la pregunta, me supongo, que con más frecuencia se formulaba durante la primera guerra mundial. Tengo la impresión, correcta o no, que no se está formulando con tanta frecuencia durante las guerras del presente. Si es así, me temo que se debe a que ha aumentado la impiedad y también que, en nuestra preocupación con nosotros mismos y nuestras acciones, nuestra religión se ha alejado de Dios y se ha degenerado en un asunto de meras actitudes, opiniones, ideas y acciones. Sin embargo, hay muchos en la actualidad que están haciendo esta pregunta y por último es nuestro deber analizarla.

Podemos clasificar a las personas que hacen estas preguntas en tres grupos principales. *Primero, tenemos aquellos que la formulan en forma desafiante y arrogante, queriendo indicar que esta es la prueba final, ya sea del hecho de que no hay Dios, o de que si hay un Dios es evidente que no es un Dios de amor.* Su pre-

gunta es más bien una afirmación. Como ya hemos indicado previamente, la verdadera dificultad aquí es la fundamental falta de fe en Dios. La actitud es totalmente errónea; lo que necesitamos de nuestra parte no es tanto una teodicea con respecto a la pregunta particular sobre la guerra, sino una afirmación que pueda llevar al arrepentimiento y a la aceptación de la salvación de Dios por fe en Jesucristo. No tiene sentido discutir acerca de una pregunta secundaria con una persona que evidentemente está equivocada en lo fundamental. Si un hombre no cree en Dios es vano discutir con él acerca de alguna acción de Dios. Sólo procuramos explicar los caminos de Dios a aquellos que creen en El y cuya perplejidad es genuina y honesta.

Esto nos lleva al *segundo grupo de personas* que formulan esta pregunta. *Podemos denominarlos cristianos piadosos.* Estas personas son muy diferentes de las que hemos estado considerando en el párrafo anterior. No podemos decir que su fe en Dios es tan débil y frágil que la menor contrariedad la anulará. Han sido ortodoxos y han creído todo lo que los cristianos deben creer. Es más, se han gozado en su religión y han encontrado en ella su principal interés en la vida. Pero el interés ha sido casi totalmente personal, en el sentido de una experiencia de salvación personal y también que los resultados y efecto de la experiencia de su cristianismo han sido los objetos principales de consideración e interés. Esto ha sido verdad aun con respecto a su estudio de la Biblia. Se han acercado a ella buscando alimento para sus almas en un sentido personal y la clase de comentario que les atrae más es la que se clasifica como “devocional”. La teología no les interesa. El cristianismo como un enfoque mundial es algo que jamás entró en sus pensamientos. Su tendencia ha sido alejarse del mundo, intelectualmente y práctica-

mente. Más importante aún, tienden a desasociar a Dios de cualquier interés en el mundo salvo el que tiene para los redimidos. Mientras hubo paz todo andaba bien, pero al declararse la guerra esta clase de persona se ve obligada a considerar el problema mayor, y por primera vez tiene que preguntarse si esto cabe dentro de su esquema de las cosas. Al no haberlo enfrentado antes se encuentra en serias dificultades y especialmente cuando discute la cuestión con la otra clase de persona que ya hemos considerado. Puede comprender a Dios en la salvación personal en Cristo, pero que Dios permita la guerra le resulta demasiado incomprensible.

El *tercer grupo que está perplejo por este asunto es aquel que ha sostenido ciertas ideas vagas e indefinidas acerca de Dios y de su naturaleza*. Han separado al amor de Dios de todos sus otros atributos y han enfatizado esto a expensas de los otros, a menudo excluyendo a todos los otros. Sus ideas acerca del amor de Dios son sentimentales y débiles. Esto se demuestra en tiempos normales en su enfoque del perdón, sosteniendo que por ser amor, Dios perdona sin condición alguna, como si su justicia y su santidad no existieran. La idea de que Dios en alguna circunstancia nos pueda castigar no encuadra dentro de su posición. La única actividad que reconocen en Dios es su perdón y su actitud benévola hacia la humanidad. Teniendo esta perspectiva de Dios y creyendo de este modo que lo más importante para Dios es que los hombres y las mujeres estén contentos a cualquier precio, no pueden comprender cómo Dios puede permitir la guerra con toda su crueldad y sufrimiento. Le parece incompatible con todo lo que hasta ahora han creído. Estas dos últimas posiciones merecen ser consideradas con comprensión. Son genuinas y honestas dificultades que han producido dolor y también confusión intelectual. ¿Qué

podemos decirles a estas personas? Evidentemente, aquí no podemos tratar este tema en forma exhaustiva. Sólo es posible señalar principios generales que se enseñan claramente en la Biblia, comparando una con otra. De paso es interesante observar que esta pregunta: “¿Por qué permite Dios la guerra?” no se formula ni se considera en la Biblia. El texto que hemos escogido es el que se acerca más al tema, porque destaca el origen de la guerra aunque lo trata desde el punto de vista de nosotros mismos y no de la otra perspectiva que es la que nos interesa principalmente. Es nuestro propósito, entonces, no sólo exponer este texto en particular sino tratar la enseñanza general de la Biblia sobre el tema. La división más conveniente es una respuesta negativa y otra positiva.

UNA RESPUESTA NEGATIVA

Por una *respuesta negativa no queremos indicar que Dios permite la guerra como si pudiéramos que El no puede impedirla, o que es algo totalmente fuera de su control*. Queremos decir que antes de tratar la enseñanza de la Biblia sobre el tema en forma positiva, es importante examinar la queja que se hace y demostrar que está basada sobre falsas presuposiciones. Trataremos sólo dos de estas.

1. No hay duda alguna que la *mayoría de los problemas surge del hecho de que muchos, en lugar de tomar la enseñanza bíblica tal cual está, y a veces, ni siquiera tomando el trabajo de leer la Biblia para descubrir su enseñanza, absorben ciertas ideas que se proclaman y enseñan libremente*. Como ya hemos indicado es quizá la razón por la cual ha surgido esta pregunta con más frecuencia y seriedad en este siglo que en otros tiempos. Anteriormente, la teología y la vida práctica del cristiano se basaban directamente so-

bre la Biblia y su enseñanza. Pero más recientemente el enfoque ha sido más y más filosófico y los hombres, habiéndose formado una imagen falsa de Dios, se sorprenden y enojan cuando los hechos parecen demostrar que el cuadro no es exacto.

Los hombres que leían y conocían su Biblia y vivían de acuerdo a sus enseñanzas, no estaban preocupados y perplejos por el problema de la guerra en su relación con Dios. No sentían que atacaba las mismas raíces y fundamentos de su fe. ¿Por qué? Porque veían claramente que la Biblia jamás promete que no habrá guerra, por lo menos hasta que llegue el milenio. En verdad, observaron que su enseñanza parecía ser exactamente lo opuesto. Vieron como nuestro Señor mismo profetizó que hasta el fin del mundo, y especialmente a medida que se acerca la consumación final, habrían “guerras y rumores de guerras”. Sus precisas palabras fueron: “Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares” (Mt. 24:6, 7). Recordaban también las oscuras y misteriosas profecías del libro de Apocalipsis que señalan en la misma dirección. También pensaron en esas palabras de San Pablo, en el sentido de que los hombres malos irían “de mal en peor” (2 Ti. 3:13), y que “el misterio de iniquidad” (2 Ts. 2:7), que ya estaba obrando más tarde, sería liberado y actuaría sin restricción.

La idea de que el mundo, en parte como resultado de la predicación del evangelio y de acuerdo con el plan general y deseo de Dios, gradualmente se tomaría en un lugar cada vez mejor es totalmente falsa y contraria a la enseñanza de la Biblia. Sin embargo, esa ha sido la enseñanza popular durante muchos años que ha

impregnado no sólo la mente de la gran mayoría fuera de la Iglesia, sino también a la mayoría de los que están dentro de la Iglesia. Se nos ha dicho incansable y reiteradamente que, a medida que los hombres comprendan el propósito de Dios que se les ofrece y enseña por tantos medios educativos y culturales, pronto llegaría el tiempo cuando las guerras dejarían de ser y todos viviríamos en un estado de paz, abundancia y gozo universal. En verdad, se ha argumentado que si el hombre con su inteligencia y cultura puede llegar a ver la insensatez y el horror de la guerra, y hacer todo lo que está a su alcance para prevenirla, con mayor razón Dios debe restringir y prevenirla. Si nosotros estamos haciendo todo este esfuerzo para producir un mundo perfecto, libre de guerra, por cierto que Dios lo debe estar haciendo en una medida mucho mayor.

Así se presentaba el argumento y su aceptación ha sido muy amplia. Algunos lo han creído activamente; otros, inconscientemente y sin pensar verdaderamente acerca de ello, ni probarlo, se dejaron llevar por él. El dogma era que Dios estaba trabajando con todo su poder para prevenir la guerra. Era parte integral del enfoque que se tenía de Dios. La respuesta, como ya hemos visto, es que es una idea puramente imaginaria. Dios no nos ha prometido tal mundo. En realidad nos ha enseñado que debemos esperar que el mundo llegue al estado en que estamos viviendo en la actualidad. Las palabras de nuestro Señor fueron: “Mirad que no os turbéis” (Mt. 24:6).

Estando prevenidos, debíamos estar armados en la esfera de nuestras mentes y espíritus. Si tomamos la Biblia y sus testimonios como la suprema revelación de Dios, el hecho de la guerra no debiera preocuparnos en el sentido de sacudir nuestra fe en Dios. El punto de vista de la Biblia acerca del mundo es totalmente pesi-

mista. Nada hay más importante que estudiar la Biblia misma y descubrir lo que Dios se propone hacer para este mundo, y lo que Dios ha prometido, en lugar de proyectar nuestras propias esperanzas y deseos sobre los planes de Dios, y luego sorprendemos, desilusionamos, y entristecemos cuando descubrimos que no se están llevando a cabo. De modo que nuestra primera respuesta a la pregunta: “¿Por qué permite Dios la guerra?” es en forma de otra pregunta: “¿Ha prometido Dios alguna vez prevenir o prohibir la guerra?”

2. Nuestra segunda respuesta también puede formularse como pregunta: “¿Por qué esperamos que Dios prohíba la guerra?” o bien: “¿Por qué debiera Dios prevenir la guerra?” Aparte de la razón teórica de que Dios debe prevenir la guerra porque es pecaminosa y que trataremos en la próxima sección, no cabe duda de que la verdadera razón por qué la gente espera que Dios prevenga la guerra es porque desean un estado de paz, y sienten que tienen derecho a vivir en tal estado. Pero esto inmediatamente da pie a otra pregunta, que en cierto sentido, es la fundamental con respecto a este tema: “¿Qué derecho tenemos a la paz?” “¿Por qué deseamos la paz?” ¿Cuántas veces, hemos enfrentado esta pregunta? ¿No ha sido la tendencia dar por sentado que tenemos derecho a un estado y condición de paz? ¿Nos detenemos a pensar cuál es el real valor, el propósito y la función de la paz? Por cierto que esta pregunta debió captar nuestra atención especialmente en el período cuando, habiendo apenas evitado la declaración de la guerra, constantemente nos enfrentábamos con la posibilidad de que eso ocurra.

Hay por lo menos dos pasajes en las Escrituras que demuestran claramente por qué debemos desear la paz. La primera está en Hechos 9:31: “Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran

edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo”. Esta es la descripción de lo que ocurrió en las iglesias después de un terrible período de persecución y disturbios. Debemos desear la paz para que ocurra entre nosotros también lo que se describe allí. El otro pasaje está en 1 Timoteo 1:1, 2: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad”. Tenemos nuevamente aquí el mismo énfasis. No es suficiente que sólo deseemos la paz para evitar el horror y el sufrimiento de la guerra y todas las penurias y desórdenes, e interferencias en la vida diaria que son consecuencia de la misma.

Nuestro verdadero deseo por paz debe basarse sobre otro motivo: el de tener la mayor oportunidad de vivir una vida pía y santa y tener el máximo de tiempo para edificarnos en la fe. El deber principal del hombre en esta vida es servir y glorificar a Dios. Es por esto que el regalo de vida le ha sido dado. Es por esto que estábamos aquí en la tierra; todas las otras razones deben estar subordinadas a esta: todos los dones y los placeres que Dios nos da libremente. Esta es la principal meta de la vida del hombre; en consecuencia debe desear la paz porque le permite cumplir su misión en la vida con más libertad y más completamente que en un estado de guerra. ¿Pero es esta la razón por la cual deseamos la paz? ¿Ha sido esta la razón durante este último período? ¿Ha sido este el verdadero motivo en nuestras oraciones por la paz? No debo juzgar pero los hechos saltan a la vista. Con demasiada frecuencia, creo, el motivo ha sido puramente egoísta: evitar las consecuencias de la guerra. En verdad, a menudo ni

siquiera ha llegado a ese nivel y uno siente que muchos han deseado la paz sólo para evitar alterar la vida que estaban viviendo y gozando tanto. ¿Qué clase de vida era? En pocas palabras, era casi lo opuesto de lo que se describe en los dos pasajes que hemos citado.

Desde la última guerra, disfrutando de la paz, hombres y mujeres en número cada vez mayores han abandonado a Dios y a la religión y se han dedicado a una vida esencialmente materialista y pecaminosa. Pensando que la Primera Guerra Mundial era “la guerra que terminaría con toda guerra”, con un falso sentido de seguridad, protegidos por planes de seguro y varias otras provisiones para resguardarse contra los posibles peligros que todavía existen, los hombres y las mujeres de este país y de muchos otros se entregaron a una vida de placer, acompañada por la indolencia mental y espiritual. Esto fue evidente no sólo en la declinación de la religión sino más marcadamente aún en la terrible decadencia moral que, finalmente, lleva a decadencia política y social. Era una vida puramente egoísta y camal, con todo el relajamiento que tal vida siempre produce. Llevó a la decadencia con que contaban los gobernantes impíos que la provocaron y sobre la cual basaron sus cálculos. Confiaron en que no pelearíamos, no por estar en un nivel espiritual más elevado sino más bien por haber perdido nuestro vigor y que no permitiríamos que nada interfiera en nuestra vida indolente.

Luego, vino la crisis (de Septiembre de 1933). Hombres y mujeres acudieron a lugares de culto y oraron por la paz. Pero, ¿era porque habían decidido utilizar la paz para el único propósito verdadero, es decir, “para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad”? ¿Era para poder andar “en el temor del Señor” y fortalecidos “por el Espíritu Santo”? Los hechos hablan de por sí. Pregunto, entonces: ¿Teníamos

derecho a la paz? ¿Merecíamos la paz? ¿Era justo que pidiéramos a Dios que nos conceda la paz y la preserve? ¿Qué si vino la guerra porque no merecíamos la paz, porque por nuestra desobediencia, impiedad y pecaminosidad habíamos abusado totalmente de las bendiciones de la paz? ¿Tenemos derecho de esperar que Dios preserve un estado de paz sólo para que hombres y mujeres continúen en una vida que es un insulto a su santo nombre?

UNA RESPUESTA POSITIVA

Esto nos lleva a considerar lo que hemos llamado la *respuesta positiva* a esta gran pregunta. Es un hecho que Dios permite la guerra. ¿Por qué la permite? ¿Cuál es el enfoque positivo de esta pregunta en la Biblia? No es tanto una cuestión de afirmaciones específicas sino de aplicar ciertos principios fundamentales, enseñados claramente, a este tema en particular.

Punto de vista bíblico de guerra

Debemos considerar primero lo que podríamos llamar el *punto de vista bíblico de la guerra*. La guerra en sí no es pecado, sino consecuencia del mismo, o podríamos decir que la guerra es una de las expresiones del pecado. En verdad, desde el punto de vista de una teodicea tal distinción no tiene mucho peso, pues el argumento no se altera. La Biblia busca la causa original de la guerra. Es verdad que no ignora totalmente los distintos factores políticos, sociales, económicos y psicológicos que tanto se propugnan. De acuerdo a su enseñanza estas cosas no son más que las causas inmediatas, los agentes que se emplean. La cosa en sí es mucho más profunda. Como nos recuerda Santiago, la causa primordial de la guerra es codicia y deseo desmedido, esa falta de contentamiento que es parte de

nosotros como resultado del pecado, ese ansia por aquello que es ilícito y por lo que no podemos obtener. Se demuestra en muchas maneras, tanto en la vida personal e individual como en la de las naciones. Es la causa básica de robo, hurto, celos, envidias, orgullo, odio, infidelidad y divorcio. Del mismo modo lleva a peleas y contiendas personales y también a guerras entre naciones.

La Biblia no aísla la guerra como algo separado, singular, y totalmente aparte como tendemos a hacer nosotros en nuestra mente. Es sólo *una* de las manifestaciones del pecado, *una* de sus consecuencias. En mayor escala quizá, y en forma más terrible, pero en esencia, precisamente lo mismo que todos los otros efectos y consecuencias del pecado. Alguien puede argumentar que debe haber una diferencia esencial por las vidas que se pierden en una guerra. La respuesta es que, si bien la Biblia considera a la vida como sagrada, y nos prohíbe quitarla para satisfacer un espíritu de codicia o de venganza, al mismo tiempo enseña que, de parte de Dios, el alma es infinitamente más importante que la vida del cuerpo.

Dios no se interesa de que nuestras vidas sean perpetuadas y prolongadas aquí en la tierra por cierta cantidad adicional de años sino de que entremos en una correcta relación con El y vivamos vidas que glorifiquen su santo nombre. Nosotros damos tanta importancia al tiempo y a la cantidad de años que tendemos a olvidar que lo que cuenta en última instancia es la calidad de vida. La guerra, entonces, es consecuencia y efecto de pecado al igual que otros efectos y consecuencias. El pecado siempre trae sufrimiento, miseria y vergüenza, ya sea en forma espectacular o no. Nosotros tendemos a preocuparnos cuando el principio se manifiesta en forma grosera o en grande escala. Lo

ignoramos o no lo vemos en su verdadera esencia que es lo que realmente importa.

Pedirle a Dios que prohíba o prevenga la guerra, por tanto, es pedirle que prohíba una consecuencia particular del pecado. O si tomamos la posición de que la guerra en sí es pecado, es pedirle a Dios que prohíba un pecado en particular. Nuevamente vemos aquí tanto el egoísmo que está involucrado en tal petición y también el insulto que es para Dios. Por ser esta forma particular de pecado, o consecuencia del pecado, especialmente dolorosa y difícil para nosotros, le pedimos a Dios que lo prohíba. No nos preocupamos en absoluto por la santidad de Dios, ni por el pecado como tal. Si nos preocupáramos, le pediríamos que prohíba todo pecado y restrinja toda iniquidad. Le pediríamos que prohíba la ebriedad, la especulación y el juego, la inmoralidad y el vicio, el quebrantamiento del día de reposo y todos los otros pecados de que los hombres disfrutaban tanto. Pero si alguien se atreviera a sugerir esto, se registraría de inmediato a gran voz una protesta fuerte en el nombre de la libertad. Nos jactamos de nuestra libre voluntad y deseamos toda sugerencia o enseñanza de que Dios de alguna manera interfiera con eso. Sin embargo, cuando como resultado del ejercicio de esa libertad nos enfrentamos con los horrores, problemas y sufrimientos de una guerra, ¡como niños malcriados gritamos nuestras protestas y nos quejamos amargamente contra Dios porque no ha utilizado su gran poder para prevenirla por la fuerza! Dios, en su infinita y eterna sabiduría, ha decidido no prohibir el pecado ni restringir totalmente las consecuencias del mismo. La guerra no es un problema espiritual y religioso aislado y separado. Es una parte y una expresión del gran problema central del pecado.

Dios permite la guerra

La enseñanza bíblica avanza más allá de este punto y da razones que son más positivas aún para explicar el hecho de que Dios permite la guerra. Nos limitaremos a enumerarlos:

1. *Es evidente que Dios permite la guerra para que los hombres sufran las consecuencias de su pecado como castigo.* Esta es una ley fundamental que se expresa en palabras tales como “todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gá. 6:7). El castigo no sólo está relegado a la vida venidera. Aquí en este mundo, en esta vida, sufrimos algo del castigo por nuestros pecados. ¡Vez tras vez esto se ve claramente en la historia de los hijos de Israel! Desobedecieron a Dios y se mofaron de sus santas leyes. Por un tiempo todo iba bien, luego comenzaron a sufrir. Dios les quitó su protección y quedaron a la merced de sus enemigos quienes los atacaron y saquearon. En verdad, al principio y como resultado del primer pecado y transgresión, encontramos que Dios ordenó y decretó un castigo. Dios dijo: “Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida” (Gn. 3:17).

Toda consecuencia dolorosa del pecado es parte del castigo que conlleva. Alguien puede objetar esto y preguntar: “¿Por qué sufren los inocentes?” No podemos dar aquí una respuesta exhaustiva pero en esencia es doble. Primero, no hay persona alguna que sea inocente, como ya hemos visto. Todos somos pecadores. Además, es evidente que tenemos que cosechar las consecuencias no sólo de nuestro pecado personal sino de los pecados de la raza entera, y en menor escala, los pecados de nuestro país o grupo particular. A la vez somos individuos y miembros del país donde vivimos, y de la raza entera. El evangelio nos salva como indivi-

duos pero eso no significa que dejemos de ser miembros del estado, y parte esencial de la raza humana entera. Compartimos el mismo sol y la misma lluvia que otras personas, y estamos expuestos a las mismas enfermedades y flaquezas. Sufrimos las mismas pruebas de depresión económica y otras causas de tristeza incluyendo la guerra. De modo que los inocentes tienen que soportar su parte del castigo por los pecados de que no son directamente responsables.

2. Además, pareciera que *Dios permite la guerra para que los hombres vean más claramente que nunca a través de ella, lo que en realidad es el pecado.* En tiempos de paz tendemos a pensar livianamente del pecado y sostener posiciones optimistas acerca de la naturaleza humana. La guerra revela lo que es el hombre y las posibilidades que hay dentro de su naturaleza caída. La Segunda Guerra Mundial destrozó el enfoque optimista del hombre que había dominado por tantos años, y reveló algo del pecado esencial de la naturaleza humana. Una de las consecuencias directas de esto ha sido el avivamiento teológico en Europa, asociado con el nombre de Karl Barth. En tiempos de crisis y de guerra no hay lugar para generalizaciones superficiales o idealismos optimistas o de una vida “color de rosa”. Nos obliga a examinar los mismos fundamentos de la vida. Nos hace enfrentar la pregunta directa en cuanto a qué induce a la naturaleza humana a tales calamidades.

La explicación no se encuentra en las acciones de ciertos hombres solamente. Es algo más profundo, dentro del corazón de todos los hombres. Es el egoísmo, el odio, los celos, la envidia, la amargura y la malicia que están en el corazón humano y se demuestran en las relaciones sociales y personales, manifestándose en una escala nacional e internacional. En la esfera personal

tendemos a excusarlos y darles una explicación. Pero en la esfera más general son más evidentes. El hombre en su orgullo e insensatez rehúsa oír la enseñanza positiva acerca del pecado. Rehúsa asistir a un lugar de adoración y recibir instrucción de la Palabra de Dios. Cree que se conoce a sí mismo y piensa que es capaz de crear un mundo perfecto sin Dios. Lo que no quiere reconocer y aprender por la predicación del evangelio en tiempos de paz, Dios se lo revela permitiendo la guerra; así le muestra su verdadera naturaleza y el resultado de su pecado. Lo que el hombre rehúsa y rechaza cuando es ofrecido por la mano de amor, a menudo lo toma cuando le es entregado por medio de la aflicción.

3. Todo esto, a su vez, *lleva al propósito final que es guiarnos a Dios*. Como el hijo pródigo que pensó en su padre y su hogar, cuando nosotros hemos perdido todo y estamos sufriendo agudamente en un estado de desdicha y miseria, viendo nuestra insensatez y estupidez, pensamos en Dios. Una descripción frecuente de los hijos de Israel en el Antiguo Testamento son las palabras: "En sus aflicciones y angustia clamaron al Señor". No veían la bondad y la benignidad de Dios; estaban sordos a los profetas de su amor y de su gracia, pero en su agonía se acordaron y volvieron a El. Y nosotros somos iguales. Es sólo al sufrir y ver nuestra insensatez, al reconocer la total quiebra y desesperación de los hombres, que nos tomaremos a Dios y confiaremos en El. En verdad, al contemplar la naturaleza y la vida humana, lo que me asombra no es que Dios permita la guerra, sino su paciencia y longanimidad. "Hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos" (Mt. 5:45).

Dios sufrió la maldad y los caminos perversos de los hijos de Israel por siglos. Ahora por dos mil años

ha sufrido pacientemente con un mundo que mayormente le rechaza y rehúsa su oferta de amor, aun en la persona de su Hijo unigénito. La pregunta que debemos formular no es: "¿Por qué permite Dios la guerra?" sino más bien: "¿Por qué permite Dios que se destruya el mundo completamente en su propia iniquidad y pecado? ¿Por qué en su gracia restrictiva no pone límites al mal y al pecado, y una barrera que no se pueda pasar? ¿Qué paciencia maravillosa la de Dios hacia este mundo pecador! ¿Qué maravilloso es su amor! El envió al Hijo de su amor para morir por nosotros y salvarnos; y porque los hombres no quieren ni pueden ver esto, permite cosas como guerras para castigarnos y disciplinarnos, para enseñarnos y convencernos de nuestros pecados, y por sobre todo, para llamarnos al arrepentimiento y a la aceptación de su oferta de gracia. La pregunta vital para nosotros por tanto no es: "¿Por qué permite Dios la guerra?" Debemos asegurarnos que estamos aprendiendo la lección y arrepintiéndonos ante Dios por el pecado de nuestros propios corazones, y de la raza entera, que lleva a tales resultados. Que Dios nos conceda comprensión y un verdadero espíritu de arrepentimiento a causa de su nombre.

5

LA RESPUESTA FINAL A TODAS NUESTRAS PREGUNTAS

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. (Romanos 8:28)

En este texto tenemos en la forma más resumida, lo que quizá sea la respuesta más terminante y global para todas nuestras dudas y quejas en tiempos de prueba y aflicción. El apóstol estaba escribiendo a hombres y mujeres que sufrían tribulación y experimentaban pruebas y privaciones. Estas cosas estaban probando su fe. Se preguntaban por qué debían sufrirlas y estaban más perplejas aún al tratar de reconciliar estas cosas con las promesas expuestas en el evangelio. Eso es lo que Pablo trata en este gran pasaje. En la primera parte de este capítulo Pablo ha estado elaborando sobre los resultados y frutos del evangelio en la vida personal de cada creyente. Ha demostrado que como resultado de la obra del Espíritu Santo, el creyente puede ser más que vencedor en los ataques de la carne y el pecado. Luego, procede a demostrar cómo el Espíritu Santo también nos da la seguridad de ser hijos, testificando a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y por tanto, sus herederos, y coherederos con

Cristo. Repentinamente en el verso 18 intercala la afirmación: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”. ¿Por qué dice esto? Seguramente porque imagina que alguien en Roma argumenta de la siguiente forma: “¡Está bien para ti señalamos esa gloriosa visión y decimos que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. Pero mira nuestra situación, mira las cosas que nos están ocurriendo y lo que nos amenaza en el futuro! ¿Indican que Dios toma un interés especial en nosotros? ¿Nos auguran un futuro lleno de promesas? Todo parece sernos contrario.

Lejos de ocupar la conocida posición de herederos, diariamente nos enfrentamos con tribulación, tristeza, persecución, hambre, desnudez, peligro y espada. ¿Cómo podemos reconciliar estas cosas con las grandes y preciosas promesas de que nos escribes y hablas? ¿Tenemos alguna garantía de que a pesar de todo lo que nos ocurre, lo que dices finalmente se llevará a cabo?” Siendo esta la dificultad real o concebible en las mentes de los cristianos en Roma, San Pablo procede a responderla. Este es, por cierto, uno de los pasajes más magníficos que se pueden encontrar en sus escritos. Como pieza literaria es espléndida. Como apología, es una magnífica, elocuente y a la vez razonada afirmación del caso. Pero, además, a través de todo el pasaje fluye un espíritu de devoción y adoración. No es una disquisición académica o teórica de un problema. El escritor mismo ha experimentado incontables dificultades y pruebas. Frecuentemente ha estado en la cárcel, ha sido castigado con azotes sobremanera, varias veces se ha enfrentado con la muerte, ha recibido de los judíos cinco veces cuarenta azotes menos uno, ha sido castigado con varas y apedreado, tres veces

sufrió naufragio y estuvo en profundidades del mar “un día y una noche”, estuvo “en peligros de ríos, en peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez” (2 Co. 11:26, 27). Esa fue su experiencia y él escribe a hombres y mujeres que si bien no habían sufrido del mismo modo, sin embargo, estaban pasando por momentos muy difíciles.

En un sentido sería necesario considerar este pasaje en su totalidad, pero nuestro texto enfoca la atención sobre los principios centrales que se enseñan no sólo aquí sino en todo el Nuevo Testamento. Este pasaje es típico del método del Nuevo Testamento de consolar y confortar a los creyentes. Es de vital importancia que observemos cuidadosamente y con precisión lo que dice a la vez lo que no dice. Debemos tener cuidado que la elocuencia del autor no nos cautive y nos contentemos meramente con un sentir general. Debemos analizar la afirmación y ver exactamente lo que dice. Pero antes debemos tomar debida nota de algo igualmente importante. Debemos observar no sólo la afirmación en sí sino la manera en que se hace. O, bien, el método de la teodicea es tan importante como los detalles de la misma. Expresado de otra manera, debemos comprender los principios sobre los cuales se basa la afirmación, además de los detalles en sí. En verdad, si no hacemos esto, el efecto que estas palabras puedan producir en nosotros será falso, y ajeno a lo que el apóstol tenía en mente.

PRINCIPIOS BÁSICOS SOBRE LA CONSOLACIÓN

Hay dos principios básicos que son absolutamente

vitales para comprender correctamente la enseñanza del Nuevo Testamento con respecto a este tema de la consolación. El *primero es que el consuelo que imparte siempre es teológico*. Esta afirmación bien puede hacer surgir sentimientos de sorpresa y quizá de enojo en muchos, pues es contrario a lo que esperaríamos naturalmente y por cierto es el extremo opuesto a lo que ha sido la actitud popular hacia la religión durante mucho tiempo. Nos hemos referido varias veces durante nuestra consideración de este tema general de la teodicea, a la oposición que existe hacia la teología y hacia la enseñanza sistemática. La experiencia y los resultados han sido exageradamente exaltados y todo intento de enfatizar la importancia vital de un fundamento verdadero ha sido rechazado, y descartado por considerarse que indica un enfoque racional o legalista.

Pero aparte de la oposición general a la teología, hay muchos que están sorprendidos y apenados al pensar que la teología tenga un lugar tan vital en esto del consuelo. Su posición es que aceptan la importancia de tener una base para la vida, y que sin duda se necesita la teología y la definición. “Esto”, argumentan, “bien puede ocupar nuestro tiempo y atención durante tiempos de paz y tranquilidad, pero en tiempos de prueba y aflicción, en tiempo de crisis y tensión”, siguen diciendo, “lo que uno necesita no es una tesis teológica o una afirmación razonada sino ser consolados y confortados. Cuando los nervios están tensionados y las mentes cansadas, cuando los sentimientos están heridos y los corazones quebrantados, es cruel enfrentar a los hombres y las mujeres con algo así como un compendio teológico. Es necesario hacerles sentirse más alegres y contentos; necesitan ayuda para olvidar sus problemas y sus preocupaciones. Necesitan ser tranquilizados y aliviados. Términos teológicos en tales momentos son

una impertinencia, no importa cuán correctos sean en tiempos normales”.

Este sentir es muy generalizado. Lamentablemente es errado, y está totalmente en desacuerdo con el Nuevo Testamento como lo demuestra claramente este gran pasaje. En verdad es uno de los pasajes de la Biblia más teológicos. Veamos algunos de los términos que se utilizan: ¡“Preciencia”, “predestinación”, “justificación”, “glorificación”, “los elegidos”! Estas son las grandes palabras características de la teología, las palabras que han odiado y repudiado tan vigorosamente los que demandan e insisten sobre una “religión que hace algo”. Sin embargo, son estas las palabras que usa como parte integral de su mensaje este apóstol amante, quien había sufrido tanto, cuando escribe a hombres y mujeres que estaban expuestos a sufrimientos y pruebas que apenas podemos imaginar. Les expresa su consolación en este pasaje que probablemente contiene teología más pura y que quizá ha causado más discusiones y disputas que cualquier otro pasaje individual de toda la Biblia. ¿Por qué hace esto? ¿Qué significa? La respuesta es doble.

Significa que el Nuevo Testamento jamás aísla el problema de la felicidad y jamás lo trata como algo separado y especial que debe considerarse solo. Nosotros, al desear la felicidad como lo hacemos, tendemos a hacer lo opuesto. Afrontamos la felicidad directa e inmediatamente. No nos damos cuenta que la felicidad según el Nuevo Testamento es siempre el resultado de otra cosa, y lo que determina, por tanto, si es verdadero o falso es la naturaleza del agente que la produce. Según el Nuevo Testamento hay sólo una felicidad o gozo real, y es la que se basa sobre una relación verdadera con Dios, y la felicidad que es el resultado de la justicia que Dios nos da mediante Jesucristo, su Hijo. Es porque tenemos nociones falsas de felicidad y por-

que la basamos en fundamentos falsos e inseguros, que constantemente experimentamos en forma alternada períodos de júbilo y abatimiento, de gozo y desesperación. El único gozo que jamás falla es el que el mismo Señor nos da de acuerdo a su promesa. La manera de obtenerlo y retenerlo es, por tanto, comprendiendo y entendiendo las condiciones sobre las cuales el lo da. Y esto implica pensamiento y teología.

La otra razón por la cual San Pablo ofrece su consuelo de esta manera es que estaba ansioso de que comprendieran el método por el cual él se consolaba y reconfortaba a sí mismo, para poder aplicarlo a ellos mismos cuando y donde surgiera la necesidad en el futuro. No estaba tratando de consolarlos y de hacerlos sentir más felices sólo mientras leían la carta, o mientras estuviesen bajo la influencia de su personalidad. Esto significaría que tendría que escribirles a intervalos regulares. Posiblemente él no estaría vivo para hacerlo, o podrían estar dispersos y echados en prisiones y sin acceso a cartas. Su deseo, por tanto, es presentarles el método que se puede aplicar siempre, en todo lugar, y a pesar de todas las circunstancias y condiciones. Quería que vieran que la felicidad del cristiano no es algo que se produce artificialmente y que depende de circunstancias y entornos cambiantes. Debe ser el resultado de la aceptación de ciertas verdades y el producto de un aumento lógico, razonado en base a las mismas. No es algo vago, general, e intangible que varía según los humores y sentimientos de uno o según la situación precisa en que uno se encuentra. No depende de asistencia regular a la casa de Dios y del efecto del ambiente que disfrutamos allí, ni de la predicación de sus predicadores. Debe ser el resultado, el fin y la conclusión de una serie de lógicas posiciones que cualquier creyente puede y debe resolver para sí mismo. Si de-

pendemos de otra cosa que no sea una comprensión de la verdad estamos destinados a la desilusión y a la infelicidad. En cambio, si aceptamos la verdad y entendemos sus enseñanzas, podremos aplicarlas a nuestras necesidades en todo tiempo y en todo lugar. La responsabilidad primaria de la Iglesia con respecto a los creyentes es enseñarle las doctrinas de la fe y no sólo procurar consolar o entusiasmar en forma general.

El *segundo principio* que siempre está en evidencia en los pasajes del Nuevo Testamento que ofrecen consuelo es el enfoque que tienen de la vida. Este enfoque se denomina generalmente “de otro mundo”, o espiritual. El fracaso en comprender esto es la razón de gran parte de la desdicha en la vida de los cristianos, y también de mucha de la desilusión que sienten cuando sufren experiencias desagradables. Sin embargo, nada hay tan característico de la Biblia como este enfoque de la vida. Esto se ve claramente en el pasaje que estamos considerando. Los cristianos, según San Pablo, son “herederos”. No han heredado completamente aún, todavía están esperando, todavía están aguardando. Hay una gloria “que ha de manifestarse” y la ansían. Están esperando “la adopción, la redención del cuerpo”. No han recogido aun la gran siega pero han recibido “las primicias”. No han comprendido cabalmente aún su gran herencia pero han visto y conocido suficiente como para hacerles desear lo que falta y al esperarlo lo aguardan “con paciencia”.

Es por todo esto que Pablo puede decir con tanta confianza que “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:18). Aunque vive *en* el presente es evidente que el cristiano, según Pablo, debe vivir *para* el futuro. Es por esto que dice en otro lugar que debe poner “la mira en las cosas de arriba, no en

las de la tierra” (Col. 3:2), y exhorta a los efesios a que sepan “cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuales las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (Ef. 1:18). Este también es el enfoque de la Epístola a los Hebreos especialmente los capítulos 11 y 12. También recordamos cómo San Pedro habla de la “esperanza viva”. Ciertamente es el enfoque de la vida que se encuentra en todo el Nuevo Testamento y también en el Antiguo. Los verdaderos creyentes en Israel se consideraban como “peregrinos y extranjeros” en la tierra, pasajeros en esta tierra del tiempo. Miraban hacia adelante y hacia lo porvenir; eran peregrinos viajando hacia Dios y la eternidad. Ese es el enfoque de la vida a través de toda la Biblia y es vital para su enseñanza de consuelo. En verdad, sin esto no hay consuelo alguno.

El Nuevo Testamento dirige su atención en primera instancia a la condición de nuestras almas y no de nuestros cuerpos; se preocupa de nuestro bienestar espiritual más que de la condición material; y por sobre todo esto, y antes de considerar nuestra relación con los hombres y lo que ellos nos puedan hacer, enfatiza la importancia de una relación correcta con Dios. El resultado es que parece abstraerse de este mundo presente; y al encarar las peores condiciones que se puedan concebir puede decir con confianza: “El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (He. 13:6), y también: “Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Co. 4:17, 18). Esa es su actitud hacia la vida. No es necesario que destaquemos la total diferencia que hay entre este enfoque y el moderno que es casi totalmente “de este mundo”.

Al mirar y esperar cosas en esta vida y en este mundo, los hombres y las mujeres se disilusionan y tienden a culpar a Dios y al evangelio. Y cuando se les recuerda que es su enfoque de la vida y del mundo que es falso y en desacuerdo con la enseñanza de la Biblia, responden con la afirmación de que el otro enfoque no es más que una manifestación de escapismo, y a la vez culpable de no preocuparse por las condiciones y problemas presentes. La respuesta a tal cargo no puede darse ampliamente pero debemos demostrar que es totalmente falsa. Podemos hacerlo recordando ciertos hechos históricos. ¿Podemos describir a personas cuyas vidas están registradas en el Antiguo Testamento como hombres y mujeres que evitaron los problemas de la vida, por ejemplo, Abraham, Jacob, Moisés, David y todos los otros? ¿Puede decirse que los apóstoles y especialmente San Pablo, al tener enfoques extra-terrestres habían escapado y evitado los problemas y las responsabilidades de la vida en este mundo? ¿Podemos acusar a los puritanos de escapismo siendo ellos quienes quizá más que otros ejemplificaron y enseñaron este punto de vista?

El hecho de que los cristianos que sostienen el punto de vista de “otro mundo” no se entusiasmen ni trabajen por ideas y proyectos basados en el enfoque opuesto, no significa que se despreocupan de la vida y de lo que ocurre. Su posición es que han aprendido que el peligro más grande es estar atado por este mundo y vivir sólo para esta vida. Han tenido una visión de cosas que “ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre” (1 Co. 2:9). Viven para estas cosas y para su logro final. Estas son las cosas que los entusiasman. En verdad, estas son las cosas por las cuales viven. Pero esto no significa una indiferencia total a este mundo. Significa e implica una visión muy

pesimista de este mundo, acompañada por genuinos esfuerzos para hacerlo lo más tolerable posible.

¿Estamos tan preocupados por nuestras almas como lo estamos por nuestros cuerpos? ¿Experimentamos tanta agonía de espíritu al contemplar la terrible lucha espiritual que se está llevando a cabo en este mundo, como lo hacemos respecto de las guerras físicas que ocurren de tiempo en tiempo? ¿Podemos decir que nos entristecemos tanto por la errónea relación de los hombres con Dios, como por las relaciones nacionales e internacionales quebrantadas? Si nuestro enfoque de la vida no es el del Nuevo Testamento, no sólo experimentaremos graves desilusiones en este mundo sino que no seremos consolados y reconfortados por su enseñanza.

LA PROMESA DE ROMANOS 8:28

Habiendo considerado de esta forma el trasfondo de vital importancia que tiene nuestro texto, podemos proceder a considerar su enseñanza específica y detallada bajo los siguientes lineamientos. A la luz de toda clase de tribulaciones, pruebas y dificultades, anuncia que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28). Esta es una afirmación y una promesa.

El amplio espectro de la promesa

Consideraremos por un momento el *amplio espectro de la promesa*: “todas las cosas ayudan a bien”. Generalmente se acepta que “todas las cosas” tiene especial referencia a las pruebas y tribulaciones. Esta es una de las afirmaciones más notables que se haya hecho del cristianismo. Por cierto que es la más atrevida justificación de los tratos de Dios con el hombre. Observemos lo que dice exactamente. Quizá podremos

comprender su significado mejor si lo tomamos del aspecto negativo. Vemos claramente que como cristianos no se nos promete una vida fácil en este mundo. Nuestro Señor mismo en sus enseñanzas le dijo a sus discípulos que tendrían tribulaciones, pruebas y sufrimientos. Del mismo modo Pablo enseña que nos es concedido a causa de Cristo, no sólo que creamos en él, sino también que padezcamos por él (ver Fil. 1:29). El enfoque cristiano de la vida y del mundo es realista y no romántico. No evita preocupaciones y problemas. Tampoco minimiza la seriedad y la gravedad de los problemas y preocupaciones. Hay quienes piensan que el deber de todo ministerio de consolación es procurar demostrar que las pruebas y aflicciones no son tan serias como parecen ser. Hay personas bien intencionadas que siempre procuran tomar esa actitud cuando tratan de ayudar a sus amigos. Es verdad que puede haber una tendencia en todos nosotros a exagerar nuestras dificultades y aumentar así nuestros problemas, y por cierto debemos controlar y frenar esa tendencia. Pero no sólo es fatuo sino deshonesto procurar restarle importancia a un problema serio. Decirle a un hombre que está sufriendo, que su dolor no es tan fuerte como supone, es insultarlo y afrentarlo. La intención podrá ser buena pero el resultado será que en lugar de ayudarlo le aumentamos su prueba produciendo una irritación adicional. Ese no es el método del Evangelio. Toma los hechos tal cual son. Los enfrenta con honestidad. No desea una victoria o éxito fáciles al restarle importancia al problema.

Del mismo modo, su mensaje para nosotros no es que debemos ceñirnos, “aguantar” y tener coraje. Hay muchos que confunden fe con coraje y consideran que el cristiano es uno que, a pesar de todo, decide y determina mantener su cabeza erguida y seguir adelante,

venga lo que venga. El coraje como virtud ha sido altamente encomiado en años pasados y debemos reconocer que hay algo muy noble en este cuadro. Es varonil, es recto rehusar quejarnos y murmurar, mantener nuestra compostura y ecuanimidad a pesar de todo, seguir hasta el final incolumne; hay algo verdaderamente noble y heroico en todo esto. Sin embargo, es esencialmente una virtud pagana que nada tiene que ver con el cristianismo. San Pablo no les exhorta meramente a tener coraje. No apela a que sólo persistan y aguanten a pesar de todo. Como veremos, todo su énfasis no está sobre lo que deben hacer sino sobre lo que Dios *ha hecho, está haciendo y hará* por ellos. Deben continuar, no ciñéndose en un espíritu de coraje y determinación, sino poniendo “su mira en las cosas de arriba”. El coraje en su verdadera esencia y si es lo único que nos sostiene, es una confesión de debilidad. Es la actitud del hombre que rehusa darse por vencido cuando ya no hay esperanza. El cristiano es salvado por esperanza y vive por su esperanza.

Tampoco el mensaje cristiano consiste en alguna afirmación vaga en el sentido de que Dios nos ama y por lo tanto, de alguna manera todo saldrá bien al final, pues esto significa que queda una brecha entre el amor de Dios y la condición en que nos encontramos. Es virtualmente evitar el problema, darle las espaldas, olvidarlo y pensar en otra cosa. Estar preocupados con el problema en forma morbosa es totalmente erróneo; y es siempre bueno apoyarnos en el amor de Dios. La posición cristiana no oscila entre estas dos, pues no es esa una solución real. Es un dualismo que no conecta el amor de Dios con la dificultad y el problema. Ahora bien, la gloria del evangelio es que enfrenta la situación sin evadir nada, y sin embargo, da la salida. Algunas versiones anteriores señalan este rasgo de nuestro

texto muy claramente anteponiendo la palabra “Dios” a “todas las cosas ayudan a bien”, esto es: “Dios obra para bien todas las cosas, para aquellos que le aman”. Esto es indudablemente lo que el apóstol enseña. Estas pruebas, dificultades y tribulaciones no pueden ser ignoradas, ni carecen de explicación; Dios las utiliza, las emplea y guía de tal manera que promueven nuestro bien. No hay, pues, ninguna oposición irreconciliable entre la fe en Dios y las dificultades y pruebas de la vida. Dios las utiliza para nuestro bien y las emplea para llevar a cabo sus propios grandes propósitos. “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Esa es, entonces, la justificación final del obrar de Dios y la respuesta a todas nuestras preguntas de por qué Dios permite que ciertas cosas ocurran.

La limitación de la promesa

Sólo podemos decir algo de lo que podríamos llamar la *limitación de la promesa*. “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. Esto se enfatiza al comenzar la frase con “a los que aman a Dios”. La promesa tiene una limitación. No es universal en cuanto a las personas que incluye. Como ya hemos señalado repetidamente, la idea popular del amor de Dios es la antítesis de esto. Se considera que El promete bendecir a todos en exactamente la misma forma. Que lo hace en sus tratos providenciales con la humanidad en general es verdad. Pero luego hay una división y distinción fundamental en toda la Biblia entre los salvos y los perdidos, entre los que han entrado en una relación de pacto con Dios y de salvación por medio de Jesucristo, y los que no lo han hecho, o bien, en palabras de nuestro texto entre los “que son llama-

dos” y los que no lo son. La salvación es el resultado de la operación especial de gracia y hay promesas especiales para los que han recibido esta gracia. El evangelio habla de una sola forma a los que creen en el Señor Jesucristo. Les exhorta a arrepentirse y creer. No les ofrece ninguna promesa especial hasta que lo hayan hecho. En verdad, les amenaza con juicio y condenación. No les dice que “todo ayuda a bien” porque les dice en cambio que “ya están condenados”.

Como hemos visto en nuestra primera sección, las promesas y consuelos especiales no se obtienen en forma directa. Son la consecuencia y el resultado de la salvación, de creer en el unigénito Hijo de Dios. Se ofrecen sólo a los que “aman a Dios”. Debemos remarcar la palabra “aman”. No es un mero asentimiento general a una cantidad de afirmaciones acerca de Dios ni algo sentimental. La palabra utilizada contiene la idea de un amor que está ansioso de hacer la voluntad de Dios y servirle, un amor que ansía glorificar a Dios y agradarle en todo porque El es Dios. Hay algo verdaderamente terrible y alarmante en nuestro texto. Nos prueba en lo profundo. Conlleva la definitiva implicancia de que si cuestionamos a Dios y sus acciones con la más mínima arrogancia, significa que estamos fuera del alcance de la promesa. Los que aman a Dios saben que todas las cosas ayudan a bien. Esto no significa que a veces puede haber una dificultad genuina en explicar con precisión lo que está ocurriendo. Pero sus espíritus siempre están sanos aunque sus mentes estén perplejas. No dejan de amar a Dios. Por nuestras preguntas a menudo proclamamos lo que somos y donde estamos ubicados. La pregunta vital para nosotros es: ¿Amamos a Dios? Si no estamos en esa relación con El nos será imposible comprender su obrar y estamos fuera del alcance de sus promesas de gracia. Todas las

promesas son condicionales y antes de siquiera dudar de su fidelidad será mejor que nos examinemos a *nosotros mismos* y nos aseguremos de que hemos reunido las condiciones.

El mecanismo de la promesa

Sin embargo, tenemos que observar lo que yo llamo el *mecanismo de la promesa*, o sea cómo opera. El apóstol dice que “a los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien, esto es a los que son llamados según su propósito”. Dice que nosotros “sabemos” esto, que es algo muy conocido y admitido, algo muy evidente para el cristiano. ¿Cómo es esto? La respuesta es en parte doctrinal y en parte experimental. La respuesta doctrinal comienza al final de nuestro texto: “a los que son llamados según su propósito”, y continúa hasta el fin del capítulo. Sabemos que todas las cosas ayudan a bien para los creyentes, porque toda su posición depende de Dios y de su actividad. Nuestra salvación es obra de Dios. Veamos el argumento: “A los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:29, 30).

No hay nada accidental, o fortuito o coyuntural en el actuar de Dios. Está todo planeado y desarrollado desde el principio hasta el fin. Nosotros lo experimentamos en forma cada vez mayor pero en la mente y el propósito de Dios ya está completo y perfecto. Nada lo puede frustrar. Es por esto que San Pablo formula su pregunta precisa: “¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (v. 31). Sin embargo, no es sólo doctrina pura,

sublime, superior. Hay un hecho que lo confirma y sustancia: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (v. 32). ¿Permitirá Dios, que entregó a su único Hijo a esa muerte cruel en la cruz del Calvario por nosotros y nuestros pecados, que cosa alguna se interponga entre nosotros y su propósito final para nosotros? Es imposible. Con reverencia decimos que Dios, habiendo hecho lo más imposible, cumplirá todo lo demás. Si Dios hizo esto por nuestra salvación también hará todo lo otro que sea necesario. Y si la muerte de Cristo, con todo lo que involucra, es la causa básica de nuestra salvación, por cierto que toda otra experiencia, por más amarga y cruel que sea, debe ayudar para el mismo fin. Dios tomó la más desesperada acción del pecado, en vehículo para lograr nuestra salvación, y todo otro sufrimiento menor que tengamos que soportar como resultado de la actividad del pecado y la maldad, obrará para el logro del mismo fin glorioso. Si creemos que estamos en la voluntad de Dios, si sabemos que nos ama y a la vez nosotros le amamos como consecuencia de su amor, entonces podemos tener la seguridad de que todas las cosas, sean cuales fueren, están ayudando para nuestro bien.

Gracias a Dios, también podemos responder a la pregunta acerca del mecanismo de esta gloriosa promesa en base a nuestra experiencia. El testimonio universal de todos los santos cuyas vidas están registradas tanto en la Biblia como en la historia posterior es que el texto que estamos considerando es verdad. Las formas en que cumple esta promesa son innumerables, pero el principio común a todas es el que ya hemos enfatizado, es decir, que hay sólo un fin: el conocimiento de Dios y la salvación de nuestras almas. Si

recordamos esto vemos que las pruebas, tribulaciones y tristezas producen lo siguiente:

LO QUE PRODUCEN LAS PRUEBAS Y TRIBULACIONES

1. *Nos alertan a nuestra dependencia exagerada sobre cosas terrenales y humanas.* A menudo muy inconscientemente somos afectados por nuestros entornos y nuestras vidas dependen cada vez menos de Dios y nuestros intereses se vuelven cada vez más mundanos.

2. *Nos recuerdan que nuestra vida aquí en la tierra es pasajera.* Cuán fácil es “acomodarnos” a la vida en este mundo y vivir como si fuéramos a estar aquí para siempre. Todos tendemos a hacerlo a tal punto que olvidamos “las glorias que han de ser reveladas”, y que, como hemos señalado, deben ser el tema frecuente de nuestras meditaciones. Cualquier cosa que perturbe nuestra indolencia y nos recuerde que no somos más que peregrinos aquí, por tanto, nos estimula a “poner nuestra mira en las cosas de arriba”.

3. De la misma manera, *las grandes crisis de la vida nos muestran nuestra debilidad, nuestra impotencia y nuestra falta de poder.* San Pablo lo ilustra en este mismo capítulo con relación a la oración. “Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos” (v. 26). En tiempos de paz y de confort pensamos que podemos orar y que sabemos cómo orar. Estamos seguros y confiados, y sentimos que estamos viviendo una vida religiosa como debe ser. Pero cuando vienen las pruebas nos revelan cuán débiles e indefensos somos.

4. Esto, a la vez, *nos impulsa hacia Dios y nos hace comprender más que nunca nuestra total dependencia de El.* Esta es la experiencia de todos los cristianos. En nuestra necedad imaginamos que podemos vivir en nuestra propia fuerza y nuestro propio poder, y nuestras oraciones llegan a ser frías y formales. Pero los

problemas nos hacen correr a Dios y esperar en El. Dios dice acerca de Israel por medio de Oseas (5:15): “En su aflicción me buscarán temprano”. ¡Cuán cierto es esto de todos nosotros! Buscar a Dios siempre es bueno y las aflicciones nos impulsan a hacerlo.

5. Todo esto es de nuestra parte. Mirándolo del otro lado podemos decir que *no hay escuela en que los cristianos hayan aprendido tanto del cuidado amoroso y tierno de Dios por los suyos, como la de la aflicción.* Mientras todo ande bien, en nuestra auto-satisfacción y auto-contentamiento, no damos lugar a Dios en nuestras vidas; no permitimos que nos revele su solicitud por nosotros aun en los detalles más pequeños de nuestra vida. Es sólo cuando estamos atribulados que no sabemos “qué hemos de pedir como conviene” y comenzamos a comprender que “el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”. Es precisamente a aquellos que han estado en “las profundidades” que el sentido de la presencia de Dios ha sido más real, y la comprensión de su poder sustentador más definido.

La viuda de un obispo moravo alemán me dijo hace pocos meses, que el testimonio universal de todos los cristianos en Alemania que habían sufrido penalidades a causa de su fe, según ella, es que no hubiesen querido perderse ni una de las pruebas y que en realidad agradecían a Dios por ellas. Por medio de estas cosas habían llegado a comprender la pobreza de sus vidas y experiencias; por estas pruebas también les habían sido abiertos los ojos para ver “las maravillas de su gracia”. Es la forma moderna de expresar lo que dijo el salmista: “Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos” (Sal. 119:71). No es más que el eco de la reacción de Pablo al veredicto: “Bástate mi gracia, pues

mi poder en la debilidad se perfecciona” que le llevó a decir: “Me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Co. 12:9, 10). ¿Es esta nuestra experiencia? Si “amamos a Dios” y nos sometemos a El por cierto lo será, pues vuelvo a recordarles que “*a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien, esto es a los que conforme a su propósito son llamados*”.